La conquista del ESPACIO

EL PLANETA DE LA VENGANZA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



Cuando la nave recibió el permiso de aterrizaje efectuó la maniobra de forma pésima. Desde la torre de control quienes la observaron llegaron a temer que sus sustentadores fallasen a última hora y terminase cayendo sobre los cobertizos en construcción.



A. Thorkent

El planeta de la venganza

Bolsilibros: La conquista del espacio - 264

ePub r1.0
Titivillus 10.09.2019

A. Thorkent, 1975

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

EL PLANETA DE LA VENGANZA

A. THORKENT

1

Cuando la nave recibió el permiso de aterrizaje efectuó la maniobra de forma pésima. Desde la torre de control quienes la observaron llegaron a temer que sus sustentadores fallasen a última hora y terminase cayendo sobre los cobertizos en construcción.

—¿Qué demonios les ocurre a esos locos? —tronó el controlador jefe pegando su rostro al cristal de la ventanilla.

La nave proyectó un rugiente torrente de llamas verdes desde sus toberas centrales, tembló y se quedó quieta, arrojando una enorme cantidad de humo negro.

En la torre resoplaron tranquilos. Un técnico dijo:

—Creo que tienen serias dificultades con el sistema propulsor.

—¿Llamas sistema propulsor a «eso»? —el controlador jefe soltó una risotada—. No me explico cómo han podido llegar hasta aquí. Debieron de saltar en mil pedazos en el espacio, mientras orbitaban aguardando el permiso. ¿Es que no se han dado cuenta que usan combustible líquido? ¿De dónde salen esos bribones? ¿Cómo se llama esa porquería de nave espacial?

El técnico que habló antes explicó:

—Es la *Rapiña* y está perfectamente identificada, señor. Tiene una dotación de treinta y nueve hombres y su comandante se llama Narga-Ad. Los patrulleros de Dehte han estado pisándole los talones desde que salieron de aquel sector.

—Pues no me explico cómo han podido burlar una patrulla…

—A nosotros también nos extrañó, señor. La respuesta es que la *Rapiña* dispone de doble sistema propulsor. Averiaron el protoplasmático y han tenido que recurrir al suplementario, al químico, para tomar tierra.

—Esto ya tiene sentido —asintió el controlador jefe—. Ya son

raras las naves que usan doble sistema. Es un estorbo, pero inapreciable en casos de emergencia. ¿Cuánto tiempo han estado en órbita aguardando la apertura de la Defensa?

—Cerca de seis horas. Tenían a los patrulleros de Dehte rondando cerca, como si confiasen en que no se les permitiría descender.

—¿Seis horas? El Jerarca se tomó demasiado tiempo en decidirse. Más que nunca. ¿Es que hubo dificultades con la identificación?

—Alguna, señor. Hacía tiempo que nada sabíamos de la *Rapiña*. Consultamos con otros comandantes y casi ninguno se acordaba de ella ni tampoco de su comandante.
Narga-Ad
, fuera de sus casillas, explicó que había estado operando lejos de Dehte desde que tomó el mando del navío, después de la muerte de su jefe Regiod.

—Sí, me suena Regiod. Era segundo de un conocido comandante cuando decidió operar por su cuenta —resopló el controlador jefe —. Bien, todo está resuelto si así lo ha decidido el Jerarca. Por suerte para
Narga-Ad
y sus hombres, no han destrozado los nuevos cobertizos.

Un vehículo se acercaba a la nave recién llegada. Se detuvo a un centenar de metros de ella, lejos del calcinado cemento, y algunas figuras descendieron.

El último en salir vestía una larga túnica amarilla, cerrada hasta el cuello y con amplias mangas. Sus cabellos eran largos y negros como el mismo espacio. Se quedó quieto delante del vehículo e hizo un gesto a uno de sus acompañantes para que subiese a la nave, de la cual acababa de deslizarse una escalerilla metálica.

Pero antes que el hombre llegase a poner el pie en el primer peldaño, una figura embutida en un viejo traje de navegación comenzó a descender con agilidad. Cuando estaba a un metro del suelo saltó y anduvo con largas zancadas hasta el hombre de la túnica amarilla.

—Me llamo Narga-Ad y tengo que formular mis más enérgicas protestas ante el jefe supremo —bramó, dirigiéndose al hombre comisionado por el de la túnica para subir a bordo.

—Puede hablarme a mí, comandante.

Narga-Ad miró burlonamente a quien habló.

—¿Quién es usted? ¿Un monje?

—Me llamo Ibolh y le aconsejo que mida sus palabras. Soy el más directo ayudante del Jerarca de Butdar. ¿Por qué no aplaca sus nervios?

—¿Cómo cree que puedo estar después de permanecer seis horrendas horas dando vueltas a este planeta sintiéndome, junto con mis hombres, observado por los patrulleros dehtenianos? Cien veces temimos que esos cochinos nos achicharraran con sus proyectores. Y, para colmo, con el sistema protoplasmático inservible. ¿Es que no ha visto cómo hemos tenido que tomar contacto?

Narga-Ad se acercó hasta Ibolh hasta estar a menos de medio metro de él y su gesto hizo que los hombres de éste le rodeasen amartillando sus pistolas que, prestas, surgieron de las fundas.

—Cálmese, comandante —dijo suavemente Ibolh, y dirigiéndose a sus hombres, añadió—: No temáis nada.
Narga-Ad
pronto se tranquilizará. Debemos comprender que ha pasado un mal rato en el espacio. Creo que hubiera estado más tranquilo si desde la torre le hubieran advertido que los patrulleros de Dehte nunca se habrían atrevido a disparar contra su navío.

—¿No? —preguntó Narga-Ad resoplando—. ¿Por qué está tan seguro?

—Muy sencillo. Usted sabía que sin nuestro permiso no podía aterrizar, ¿no es cierto?

—Sí. Me advirtieron de su famosa defensa. Procuré mantenerme alejado de ella.

—Hizo bien. De haberla tocado su nave, todos ustedes hubieran perecido. He querido decirle que si los dehtenianos le hubieran disparado, nosotros habríamos ampliado el campo de acción de la Defensa hasta la posición de los patrulleros. Le habríamos vengado cumplidamente, comandante.

—De todas formas eso no habría sido un consuelo —gruñó
Narga-Ad
.

—No para usted, desde luego; pero los patrulleros lo sabían y

sólo se limitaban a esperar una negativa nuestra para que ustedes pudieran acogerse a nuestra hospitalidad, y entonces cazarlos a placer.

—Algo parecido estaba temiendo, no lo niego. Tardaron mucho en comunicarnos que por quince minutos eliminaban la defensa. ¿Qué les pasó? ¿No se fiaban de mí?

—Precauciones, amigo mío —sonrió Ibolh. Señaló el vehículo e inquirió—: ¿Desea ahora acompañarme? Tenemos dispuesto un alojamiento para usted. Le aseguro que le complacerá.

—¿Y mis hombres?

—Ellos serán alojados en los dormitorios generales. Tendrán comida y bebida abundante, ropas y camas limpias. Pero deberá usted advertirles que deberán obedecer a rajatabla las órdenes que reciban de los capataces.

—Creo que deberé subir. Aún no están muy convencidos de ser bien tratados aquí.

Ibolh hizo un gesto otorgando a Narga-Ad el permiso para que subiera a bordo, diciendo:

—Lea guardo. Extenderé mi invitación personal a su lugarteniente, quien podrá acompañarle. Confío en que tendrá otro hombre de confianza entre su tripulación para que asuma el mando.

Narga-Ad rió por primera vez.

—Por supuesto que mi segundo iba a acompañarme —dijo, mientras corría hacia la nave—. Nunca pensé que debía pernoctar en los dormitorios como un vulgar navegante.

Las palabras del comandante hicieron arrugar el ceño de Ibolh, que no llegó a comprenderle.

Transcurrieron unos minutos hasta que algunos tripulantes empezaron a bajar de la nave. Eran hombres fuertes, con suciedad de muchos días en el cuerpo y mirada desconfiada, que observaban su alrededor como si esperasen un ataque por sorpresa. Al fin apareció
Narga-Ad
seguido de una figura que contrastaba, pese a sus burdas ropas de navegante, con la tosquedad de los demás a causa de sus gráciles movimientos y delicados miembros. Llevaba un gorro con la visera echada hacia atrás, que difícilmente impedía que una cascada de rubios cabellos le llegase hasta el final del cuello.

Ibolh, quien ya había empezado a mostrarse impaciente, no pudo reprimir su sorpresa.
Narga-Ad
, sonriendo, le explicó:

—Le presento a mi «segundo», Ibolh: Clarisse.

—¿Una mujer? ¿Se burla de mí, comandante?

—De ninguna forma. ¿Por qué no puede ser una mujer mi segundo? Ella es eficiente y me sirve para muchas cosas más que para gobernar la nave. —
Narga-Ad
soltó una estentórea carcajada dirigiéndose a Clarisse, que le dirigió una furibunda mirada.

Narga-Ad ahogó sus propias risas y explicó al aún confuso Ibolh:

—Es estupenda, pero peligrosa. Creo que si hubiera estado a solas con ella me hubiera arañado.

—Tenlo por seguro, perro, hijo de una sucia dehtiana —silabeó ella.

—Dejemos esto —dijo Narga-Ad. Volvió la espalda a la mujer y preguntó a Ibolh—: ¿Nos podemos marchar ya? Por mi parte estoy listo. He dejado a Koritz al cargo de la nave y los hombres. Estando la tripulación bajo su mando no habrá problemas.

—De acuerdo —asintió Ibolh. Su sorpresa había dejado paso a un ostensible enfado. Entró en el vehículo y tomó asiento en la parte inmediata detrás del conductor. Tres de los soldados se situaron en el fondo.
Narga-Ad
y Clarisse se acomodaron junto al ayudante del Jerarca de Butdar.

El vehículo se puso en marcha y se alejó de la nave recién llegada, dirigiéndose hacia la salida del puerto espacial.
Narga-Ad
se volvió para ver como otros coches se acercaban a su nave. Ibolh explicó:

—Los llevarán a los dormitorios; no se preocupe. Le repito, comandante, que estarán bien alojados. Además, podrá ver a sus hombres tantas veces como lo desee.

—¿Y mi nave? —preguntó Narga-Ad sacando de un bolsillo de su traje un grueso cigarro que tuvo que arreglar antes de encenderlo.

—Será cuidada.
—Está muy maltrecha…
—Será revisada a fondo y reparada. Se la volveremos a entregar en mejores condiciones que, tal vez, cuando la heredó del comandante Regiod.
—Está usted muy enterado —musitó Narga-Ad soltando una densa bocanada de humo.
—No se alarme. Lo que ocurrió entre usted y Regiod no nos interesa.
—Pero a mí sí me importa saber una cosa.
—¿Qué es? Si está en mi mano poder satisfacer su curiosidad no dude que lo haré con gusto.
—¿A cuánto ascenderá la factura?
—¿Factura?
Narga-Ad soltó una imprecación.
—No se haga el tonto, Ibolh. Sé que ustedes me han salvado de los patrulleros. Eso ya es mucho. Y ahora me dice que encima me van a reparar la nave. Sé lo que cuesta poner a punto el sistema protoplasmático.
—Por supuesto que tendrá que pagar nuestros servicios, comandante —dijo Ibolh con una sonrisa.
—No tengo un céntimo.
—No se inquiete.
—Y no creo que ustedes me dejen marchar pensando que volveré un día a pagarles.
—No somos tan ingenuos. Usted saldará su deuda antes de marchar con la nave reparada, la despensa llena y con armas suficientes para que vuelva a emprender sus correrías por el sector de Dehte… hasta que se haga rico o le maten.
—Explíquese.
—Lo siento. Ya no puedo ampliar mis explicaciones. En cambio, ¿puede decirme cómo decidió llegar hasta Butdar?
—Oí rumores y pensé que podían ser ciertos. De eso hace ya mucho tiempo.
—¿Por qué no se decidió a venir hasta ahora?
—Estuve escondido mucho tiempo. Cuando decidí volver a salir al espacio nos encontraron pronto los patrulleros. ¿Qué podía hacer con el protoplasmático averiado? Apenas nos sirvió para arrimarnos

a su planeta y solicitar refugio.

—Ha tenido mucha suerte.

Narga-Ad se encogió de hombros.

—Todavía no lo sé. Se lo diré más tarde.

—Es usted receloso por antonomasia. No es malo. Me gusta. Hablemos ahora de su compañera Clarisse.

—¿Qué pasa conmigo? —preguntó la muchacha poniéndose a la defensiva—. Ya me he dado cuenta desde que me vio que no le he caído simpática.

Ibolh entornó los ojos para volverla a observar. Clarisse se le antojó una mujer muy bella, pese al masculino traje que en nada la favorecía, pero que no podía impedir ocultar sus encantos. La presencia de aquella mujer en medio de una tosca tripulación de asesinos era singularmente extraña, pese a que figurase como segundo del jefe.

—Su persona me es indiferente, señorita —dijo—. Simplemente, me temo que su presencia en este ambiente, al gozar de una situación… digamos privilegiada, puede ocasionar disturbios.

—¿Es que soy la única mujer en Butdar? —preguntó sonriente Clarisse. Dio un codazo a Narga-Ad, que protestó—. Eso me halagaría mucho.

—No existen mujeres libres en Butdar —dijo Ibolh y se apresuró a añadir—: Al menos en los territorios bajo directa influencia del Jerarca. Le aconsejo que no se aparte de Narga-Ad si quiere evitarse problemas.

—Ella es muy capaz de defenderse por sí sola —rió Narga-Ad—. Y si alguien me hace el favor de quitármela de encima no me molestaré, sino que, por el contrario, sentiré piedad por su persona al tiempo que le quedaré eternamente agradecido.

Narga-Ad apenas tuvo tiempo de detener en el aire el puño de Clarisse. Luego tapó con un beso el aluvión de maldiciones que ella empezó a lanzarle, Ibolh presenció la escena estupefacto. Cuando Narga-Ad se separó de Clarisse, ya tranquilizada, en su rostro aparecieron unos ligeros arañazos, que el hombre no pareció dar importancia.

—¿Se da cuenta, Ibolh, como no tengo que preocuparme por la seguridad de Clarisse? De todas formas le aseguro que ella no se separará de mí. —Su rostro risueño y desenfadado se trocó en una viva representación furiosa cuando añadió—: Y si alguien es capaz de ponerle una sucia mano encima no tendrá tiempo de hacer lo mismo con la otra. Clarisse es mía y sólo mía.

—Esperemos que nunca tengamos que lamentar nada.

El vehículo había dejado atrás el astropuerto espacial y surcaba ahora una estrecha carretera flanqueada de casas de una sola planta en su mayoría, construidas apresuradamente al parecer con plásticos y maderas. En ellas se veía cierto movimiento de hombres que miraron despreocupadamente el paso del vehículo. A continuación de aquel poblado seguían las cuadras donde cientos de caballos de gran alzada estaban confinados.

—¿Qué es eso? —preguntó Narga-Ad.

—Es el pueblo de los navegantes. Allí irán sus hombres. Cerca de aquí está el centro de diversión. Encontrarán juego, comida y bebida. También hallarán mujeres.

—¿Reducidas a la condición de simples objetos para sus apetitos? —preguntó Clarisse.

—No haga caso a Clarisse, Ibolh —dijo Narga-Ad—. Ella pertenece a un planeta más allá de Dehte donde las mujeres disponen de iguales derechos que el hombre. No puede acostumbrarse a la esclavitud de los seres inferiores. Y mucho menos si estos seres son mujeres.

—¿Qué es eso que se ve sobre esa colina? —preguntó Clarisse señalando unas edificaciones enormes y grises que se levantaban cerca del horizonte.

—Son reductos a los cuales ningún navegante del espacio puede acceder —dijo Ibolh—. Les aconsejo que no se acerquen a ellos si antes no han recibido la orden expresa del Jerarca para hacerlo. Más adelante podrán visitarlos.

—¿Cuándo lo veré?

—¿A quién?

—A ese Jerarca del que tanto hablan —estalló Narga-Ad.

Ibolh lo miró largamente antes de responder.

—Seguramente abandonarán el planeta sin ver al Jerarca.

—¿Tan inaccesible es?

—Digamos que siempre está demasiado ocupado. Cuando necesiten algo deberán preguntar por mí o por alguno de mis compañeros que ya irán conociendo.

—De todas formas me habría gustado conocer al Jerarca —dijo Clarisse entornando los ojos—. ¿Es atractivo?

—Es un hombre mayor, aunque no anciano. —Ibolh parecía molesto al tener que referirse a su superior—. Creo que ya estamos llegando.

A causa de la conversación, la pareja había dejado de mirar hacia delante desde hacía unos instantes y no vieron cómo se estaban acercando a lo que parecía ser una auténtica ciudad. Disponía de cierta belleza pese a la sencillez de su construcción. Debía de ser antigua aunque no debían de haber pasado más de cien años desde su fundación.

Caía la tarde y pudieron apreciar que las amplias calles estaban tenuemente alumbradas. No parecía tratarse aquélla de una ciudad dedicada a la diversión. Pocos coches circulaban y a escasa velocidad. Al cruzar las primeras casas se dieron cuenta que estaba cercada la urbe por una alambrada alta y reforzada por una especie de material transparente. Docenas de soldados uniformados de amarillo y fuertemente armados vigilaban el principal acceso y sus contornos, como si temiesen un asedio desde el exterior.

Narga-Ad alzó la mirada y descubrió que al fondo de las casas existía un monte de unos doscientos metros de altura sobre el cual se alzaba una construcción distinta a las demás, repleta de belleza y majestuosidad, como si sus altos minaretes quisieran alzarse hacia las estrellas que ya empezaban a brillar en el cielo, más allá de la invisible y mortal defensa.

—¿Quién vive allí? —preguntó Narga-Ad.

En aquel momento el vehículo se detuvo. Sólo cuando hubieron descendido todos y el hombre vestido con la túnica amarilla les indicaba que entrasen en la casa cercana, se dignó contestar a la pregunta de
Narga-Ad
.

—Es la morada del Jerarca, supremo dueño de Butdar, heredero de todo Dehte, del cual pronto volverá a tomar posesión como legítimo emperador.

Narga-Ad y Clarisse se miraron estupefactos ante la divertida presencia de Ibolh, aunque interiormente se estaban diciendo que los ambicionados títulos que conocían se atribuía a sí mismo el Jerarca de Butdar eran más numerosos que los detallados por su sicario de la túnica amarilla.

2

—Tal vez lo único que le tengamos que agradecer a la maldita casta de los Supremos es haber mantenido durante siglos todo el sector unido, aunque su despótico mandato estuvo a punto, en varias ocasiones, de sumir a los mundos en un caos total.

Adán Villagran asintió en silencio. Sabía a qué se estaba refiriendo el presidente de la Federación Dehte. Había leído suficientes informes, pero siempre era de agradecer poder escuchar de boca de Dainiet, el primer mandatario, su particular versión de los hechos históricos.

—Cuando cayó el Primer Imperio —siguió diciendo el presidente Dainiet después de saborear el resto de licor de su copa— los planetas de Dehte, que nunca intentaron una sublevación contra el lejano poder de la Tierra, se hallaron desolados. No disponían de un gobierno capaz de autogobernarse. Los virreyes imperiales huyeron unos detrás de otros porque estaban cansados de permanecer en un lugar apenas civilizado, en donde los inmigrantes terrestres no se habían asimilado totalmente con los nativos, que aún entonces se dedicaban a unas prácticas consideradas como brujería o magia negra. Las costumbres ancestrales tardaron mucho tiempo en olvidarse al menos entre la gran masa del pueblo, aunque los cultos y ritos secretos seguían sucediendo y estorbando en cierta manera la libertad de acción de los virreyes, dispuestos a desterrar las viejas supersticiones.

»La caída del Imperio, con su secuela de desórdenes, fue magníficamente aprovechada por una secta que durante mucho tiempo procuró mantenerse unida esperando su oportunidad. Surgió de la clandestinidad de forma arrolladora. Eran más fuertes que nunca. A sus conocimientos nigrománticos habían unido la ciencia llegada de la Tierra y en pocos meses se hicieron con el poder de todo este planeta. Antes de un año dominaban, mediante un ejército

de fanáticos, los restantes, pertenecientes al Sector Dehte.

Adán dirigió su mirada hacia el ventanal que estaba detrás del presidente. Una panorámica de la ciudad se ofrecía a su vista. Era una urbe moderna en parte y bella incluso en sus barrios más antiguos, algunos de los cuales databan de la época de los virreyes.

Dainiet se dio cuenta de la atención de Villagran y, sonriente, explicó:

—Sí, comandante. Es una ciudad como pocas existen. En ella, como en casi todas las de este planeta Dehte III, se armonizan la simpleza e ingenuidad de sus originales nativos, la pujanza de los primitivos colonos, el esplendor del virreinato, la decadencia, el horroroso clima de los Supremos con sus edificaciones grises, majestuosas y graníticas, para terminar en la arquitectura práctica de la época que nuestros historiadores llamaron del resurgimiento.

—Tengo entendido que les costó mucha sangre poder derrocar a la casta de los Supremos, ¿no es así? —preguntó Adán sirviéndose un poco más de aquel licor local que tanto le había agradado.

El rostro del presidente se ensombreció.

—Fue un período espantoso. El pueblo aceptó con resignación el advenimiento del nuevo estado político pero pronto se dio cuenta que los Supremos eran unos déspotas. Los descendientes directos de los colonos fueron los primeros que lo observaron… y también quienes primeramente cayeron bajo las armas del ejército de mercenarios de los Supremos. Miles de ellos fueron hechos prisioneros y sirvieron para sus horrorosas experiencias.

»Creo que los Supremos intentaron desterrar por completo todo rastro de la civilización terrestre, para implantar a su vez una nueva, hecha a su medida, en donde las ciencias ocultas y la magia negra suplieran las ventajas de la tecnología. Fue su gran fracaso puesto que no lo consiguieron, desde luego. Entonces se volvieron hacia los sabios y técnicos que no ejecutaron en su represión y, colmándolos de halagos, hicieron que trabajasen para ellos. De todas formas, siempre se esforzaron en querer presentar al pueblo los logros científicos bajo un aura mágico. Fue un trabajo absurdo. Nada lograron. Por aquel entonces, los derrotados insurrectos aprendieron bien la lección. Comprendieron que tenían que obrar con más cautela. Se dedicaron a desmitificar a los Supremos y su magia, haciendo recordar, los más cultos, a los ciudadanos y a los

campesinos que toda la ciencia procedía de un planeta muy lejano llamado Tierra, que los Supremos no inventaban nada, sino que se limitaban a interpretar los planos archivados y las fórmulas mediante las computadoras, unos complicados aparatos que ya se usaban en los tiempos de los virreyes.

—¿No tienen ustedes ningún resentimiento, al parecer, hacia la época imperial?

El presidente negó con la cabeza.

—Muy pocos, en realidad —sonrió—. Y si existieron muchos debimos olvidarlos porque la época de los Supremos fue nefasta. Todos debieron de añorar los viejos tiempos. Por supuesto, los virreyes llegaban a Dehte con el exclusivo propósito de enriquecerse pronto y volver cuanto antes a la corte, para gozar de sus delicias. Pero algunos de los que fueron designados por el emperador eran dehtenianos y durante su mandato se hicieron cosas muy positivas. Luego terminamos eligiendo a dos virreyes, cuando las órdenes desde la Tierra se hacían cada vez más espaciadas a causa de los conflictos que allí menudeaban.

»Cada planeta tenía de dos a tres virreyes, según su extensión continental. En los últimos años, desligados ya de los lazos con la Tierra, incluso combatieron entre sí, pero cuando la situación alcanzó su punto más álgido, casi todos optaron por intentar el regreso a la Tierra.

»Creo que muy pocos consiguieron llegar a la corte. Ya quedaban pocas naves interestelares, la energía escaseaba y también los buenos navegantes. Más que una huida fue, a mi parecer, un suicidio.

—Volvamos al punto en que ustedes vencieron a los Supremos —pidió Adán.

—Fue después de muchos años de paciente espera. Estábamos bien organizados y elegimos el momento en que más confiados estaban. Los mercenarios descuidaron su vigilancia policíaca porque nosotros nos contuvimos y tal vez pensaron que ya nada tenían que temer.

—¿Y la piratería espacial? —preguntó Adán.

—Comenzó desde antes de la llegada de los Supremos al poder. Centenares de naves pertenecientes a la Flota Imperial desertaron y, al carecer de medios para escapar del sector, se dedicaron al pillaje.

Durante el esplendor de la época dominante de los Supremos los piratas apenas contaron y sus correrías se hicieron casi inexistentes, porque la mayoría prefirió enrolarse en el ejército de mercenarios. Pero luego, con la subida al poder de los libertadores volvieron a las andadas más feroces que nunca.

—¿Qué medidas tomó el nuevo gobierno para exterminarlos?

El presidente dibujó una sonrisa amarga.

—¿Medidas? ¿Qué podíamos hacer? Apenas contábamos con navíos suficientes para defender las ciudades. Por lo tanto, era quimérico pensar en planear una ofensiva contra los piratas, llegar hasta sus bases en los asteroides, lunas deshabitadas y zonas de los planetas desérticas. Además, teníamos mucho trabajo que hacer. Nuestra economía estaba por los suelos, las industrias sin renovarse desde hacía decenios y así todo. Un desastre total. Y por si todo eso fuera poco…

Adán Villagran entornó los ojos y dijo:

—¿Qué más, presidente?

—Los Supremos habían huido cuando se consideraron perdidos, pero no todos murieron. Muchos consiguieron ponerse a salvo junto con una buena parte de sus acólitos. Eran una amenaza.

El comandante de la unidad exploradora *Silente*, del Orden Estelar, comprendió que estaba llegando el momento en el cual el presidente de la Federación Dehte iba a exponerle su petición.

—Hace años —siguió diciendo Dainiet— tuvimos noticias de la llegada de una extraña nave. Estuvo durante mucho tiempo cerca de Dehte III en actitud observadora. La alarma cundió en nuestro Gobierno. Temimos que se tratase de los Supremos que regresaban dispuestos a vengarse de nosotros. Pero afortunadamente nos equivocamos. Era una unidad de guerra extraordinaria que dijo pertenecer al Orden Estelar, procedente de la Tierra.

—Como es natural, volvimos a alarmarnos. Creímos que el Imperio retornaba con toda su secuela de corrupción. Pronto salimos de nuestro error. Después de tres siglos de aislamiento, sin saber nada de la Tierra, tuvimos la alegría de saber que el sangriento Imperio había dado paso a una democracia llamada Orden Estelar, en la cual se volvían a agrupar los mundos que antaño fueron del dominio de los emperadores, aunque ahora en muy diversas circunstancias, gozando de autonomía política y

comercial.

—Es cierto. Ningún planeta pertenece al Orden en contra de su voluntad —asintió Adán—. Claro que todavía existen cientos de mundos que se resisten a creer en nuestra realidad, pero eso no nos preocupa por el momento. Confiamos en que se convencerán ellos mismos con el transcurrir del tiempo. También sabemos que aún quedan numerosos planetas, que llamamos Mundos Olvidados, que tras la caída del Imperio se sumergieron en la barbarie. Nuestro trabajo consiste en salvarlos y convencerlos pacíficamente para que se integren en el Orden Estelar.

—Sí, fue una noticia asombrosa… y agradable. El comandante de aquella unidad exploradora nos explicó detalladamente todo lo que había sucedido en la Tierra después de la muerte del último emperador.

—Tengo entendido, según mis informes, que aquella unidad tuvo que combatir al lado de ustedes contra una masiva incursión de los piratas —apuntó Adán.

—Sí. Y su intervención fue decisiva. Poco después llegaron más fuerzas del Orden y durante unos años nos ayudaron a reconstruir nuestra maltrecha flota de guerra. Sólo se marcharon cuando estuvimos en condiciones de defendernos con garantías. Desde entonces los piratas son cada vez más débiles.

Adán sonrió.

—Entonces, ¿por qué esa llamada tan urgente de ayuda?

—Estamos en un grave peligro, comandante. Toda la Federación del Sector Dehte está amenazada.

—Creí que los piratas ya no significaban nada de importancia. Su último informe al Orden aseguraba que antes de dos años estaban ustedes seguros de poder terminar con ellos.

—Así pensábamos entonces. Pero luego descubrimos la terrible verdad.

—Estoy impaciente por escucharla.

El presidente había estado paseando por la habitación. Se detuvo y tomó asiento frente a Adán, diciendo:

—En el sistema estelar cercano a éste existe un planeta que nunca fue explorado, aunque sospechábamos que existía en él una raza humanoide que se desarrollaba en un estado de civilización semejante a la Edad Media de la Tierra. Se llama Butdar. Nuestros

patrulleros recibieron un día la orden de posarse en él y enviar un informe. Nunca regresaron. Enviamos más naves, y éstas fueron más precavidas. Descubrieron que el planeta Butdar dispone de una envoltura energética. Cualquier nave que intentase franquearla quedaría destruida. Eso ocurrió con los primeros patrulleros enviados.

»Al pasar el tiempo fuimos descubriendo más cosas, comandante. Entonces supimos dónde se refugiaban las naves piratas que cada vez nos costaba más trabajo localizar. Iban a Butdar. Cuando se acercaban, una parte de su defensa energética se abría y ellos podían aterrizar, quedando a salvo de nuestros patrulleros.

Adán escuchaba cada vez más interesado.

—Pero eso no era todo —siguió explicando el presidente—. Si lo que descubrimos ya era bastante para sentirnos alarmados, imagínese cómo temblamos al saber, cuando capturamos un navío pirata, que los líderes del planeta eran los supervivientes Supremos. Una vez expulsados de Dehte se refugiaron allí, en Butdar. Debieron de llevarse al equipo de científicos que trabajaban a la fuerza para ellos desde hacía décadas, y aquéllos fueron los que levantaron la coraza energética alrededor del planeta.

—Pero hacer una cosa así requiere un suministro de energía fabuloso —señaló Adán.

—El sol de Butdar es joven, una enana blanca. Examinamos los archivos que se dejaron en su huida los científicos y descubrimos que llevaban años trabajando en algo semejante, tal vez para proteger entonces solamente la residencia en este planeta de los Supremos, pero la revolución les impidió llevar a cabo la culminación de su trabajo. Una vez en Butdar debieron concluir sus estudios y llevarlo a la práctica.

—Es asombroso —dijo Adán—. Ese sistema de defensa, por supuesto, es conocido por nosotros, pero poco usual debido al elevado consumo de energía. Los científicos de los Supremos debieron de encontrar el modo de obtenerla de forma muy simple y barata. Sí, es posible que la obtengan de la misma estrella mediante una gran planta de captación. ¿Y los piratas utilizan ese planeta como refugio? ¿Quiere decir que se han convertido en corsarios?

—Eso no podemos afirmarlo con certeza. Sólo sabemos que

cuando las cosas se le ponen difíciles en el Sector Dehte se retiran a Butdar por una temporada. Al cabo de cierto tiempo se les vuelve a ver después de un rápido ataque. Sólo regresan a Butdar si la persecución es implacable por nuestros patrulleros.

—Eso indica que los piratas no se sienten muy inclinados a permanecer mucho tiempo en Butdar, o que tienen que pagar un fuerte tributo a los dueños del planeta.

—Algo parecido, comandante.

—Bien. Ya conozco bastante el asunto y creo llegado el momento de que me diga qué desea su Gobierno del Orden Estelar.

Dainiet suspiró hondo y dijo:

—Que Butdar sea destruido.

Adán entornó los ojos.

—Lo siento —dijo.

—¿Cómo dice?

—Que lo siento, presidente. Nosotros no podemos hacer tal cosa.

—¿No pueden o no quieren?

—Puede interpretarlo como le plazca, pero estamos incapacitados para destruir todo un mundo en el cual habita, como usted dijo antes, una civilización.

—¡Una civilización que debe estar dominada por los Supremos!

—Es igual. Pero estos nativos son, ante nuestras leyes, los verdaderos dueños del planeta. No podemos sacrificarlos si son inocentes por el hecho que junto a ellos vivan unos hombres que representen una amenaza para la seguridad de su Federación, presidente.

—Creo que deberá usted ponerse en contacto con sus superiores, comandante —musitó Dainiet—. Y si su nave no puede hacerlo, que envíen otras con el poder destructivo suficiente para aniquilar Butdar.

—Mi nave puede convertir Butdar en una bola de fuego o cubrirlo de radiactividad helada si así lo dispongo —gruñó Adán. —Pero no puedo. Ni aunque lo consultara con el alto mando del Orden se lograría nada. Ellos negarían el permiso para que yo procediera según los deseos de su Gobierno, presidente.

El hombre pareció hundirse en su sillón.

—¿Quiere decir que el Orden nos negará su ayuda?

—De ningún modo. He querido decirle que no usaremos el

medio que usted nos propone.

—Pues, la verdad, no vemos otro. Ninguna nave ni proyectil reducido podrá franquear la defensa de Butdar. ¿Qué debemos hacer? ¿Esperar que los Supremos culminen sus desconocidos planes y nos ataquen cuando sean fuertes y nosotros no podamos ni defendernos? Si logran vencernos, esta vez serán inmisericordes. No perdonarán nada. Y los que queden con vida se convertirán en algo peor que esclavos. ¿Sabe, comandante, que estaban tratando de adueñarse de nuestras mentes, que intentaban convertirnos en seres amorfos, dispuestos a obedecerlos ciegamente? Por suerte, nuestra revolución estalló a tiempo. Unos años más y las naves del Orden hubieran encontrado unos planetas habitados por autómatas y gobernados por déspotas.

—No se inquiete, presidente. Creo que encontraremos la forma de atajar el peligro sin necesidad de recurrir a medidas extremas.

—No veo otro camino… —Siempre hay otro camino. Considérelo de esta forma. ¿Qué pensaría usted de nosotros, del Orden, si nos viera llegar pregonando que respetamos las libertades de los pueblos y luego se enterase que usamos medios como el que nos propone hacer contra Butdar?

El presidente movió abatido la cabeza.

—Es cierto. Creo que tiene usted razón; pero le aseguro que si nosotros dispusiéramos de los medios suficientes arrasaríamos Butdar hoy mismo.

—Sería una cosa lamentable, porque entonces el Orden actuaría contra ustedes, exigiéndoles cuentas por su crimen.

—Creo que la actitud del Orden, a causa de sus leyes, es un poco difícil de comprender. ¿Qué podemos hacer entonces? ¿Puede la Federación Dehte contar con la ayuda del Orden Estelar?

—Sí.

—¿Cuáles son sus planes?

—Ante todo necesitamos averiguar las intenciones de las Supremos.

—Es difícil. Nadie puede atravesar la defensa energética.

—Existe un medio.

—¿Cuál es?

Adán sonrió.

—¿Conservan aún la nave pirata que capturaron?

—¿Se refiere a la *Rapiña*?

—No me dijo su nombre. Debe ser ésa. ¿Puede navegar aún?

3

Apenas se quedaron solos en el apartamento al que les condujo Ibolh, Clarisse exhaló un suspiro y dijo:

—Tenía ganas de que ese fantoche vestido de amarillo nos dejase en paz. Estoy muerta de cansancio.

Narga-Ad le hizo un imperceptible gesto que ella captó y comentó socarronamente mientras inspeccionaba las paredes de la habitación:

—Parece buena persona, pese a todo. Hemos tenido suerte escapando de los patrulleros. Se lo tenemos que agradecer al Jerarca.

Clarisse pasó al cuarto de baño y abrió los grifos.

—Voy a darme un buen baño. Siento en mi cuerpo la suciedad de un siglo —dijo.

—Estoy seguro que aquí también tienen micrófonos instalados, pero el objetivo de televisión está colocado en mal lugar; apenas nos verán la espalda. Sé prudente, Alice.

—¿Crees que sospechan de nosotros? —preguntó la muchacha.

—No lo sé, pero es sensato pensar que durante algún tiempo nos tendrán en observación. Es lógico.

Después una vez la muchacha abandonó el cuarto de aseo, Narga-Ad preparó otro baño para él.

Minutos más tarde, otra vez reunidos, Alice Cooper dijo en voz baja:

—Aún no estoy segura si este medio era el más adecuado, Adán.

El comandante Villagran la atrajo hacia él y la besó suavemente.

—Me temo que no teníamos otro. Pero recuerda que yo insistí en que te quedases en Dehte III, al mando de la *Silente*.

—Eso podía hacerlo muy bien el capitán Kelemen.

—No es muy reglamentario que digamos que los dos comandantes de una unidad exploradora corran el mismo riesgo. Uno de ellos siempre tiene que estar en lugar seguro si el otro corre riesgos.

—Dejemos eso. Ya acordamos que mi presencia aquí sería conveniente porque el Jerarca y sus Supremos la verían extrañados, consiguiendo así que se olvidaran de algunas pequeñas lagunas de nuestra historia.

Adán emitió un gruñido.

—Sí, la vieja táctica de llamar la atención del enemigo sobre algo sin importancia para hacerle ignorar lo que verdaderamente la tiene.

—Bueno, la comparación no es muy agradable para mí, pero tengo que aceptarla —rió Alice.

Adán miró hacia la ventana. La noche casi había caído totalmente sobre la ciudadela y la habitación estaba en penumbra. Pero no tenía que confiarse. Los visores que los vigilaban podían tener lentes infrarrojos.

—Ibolh nos dijo que vendría a buscarnos dentro de unos veinte minutos. Creo que debemos prepararnos.

—¿Crees que conseguiremos ver al Jerarca? —preguntó Alice.

—No, por el momento. Pero estoy seguro que Ibolh nos dirá al fin cómo tenemos que pagar este hotel.

Aquellas frases las pronunciaron en voz alta.

No les importaba demasiado que fuesen escuchadas. Eran naturales y carentes de toda sospecha a los oídos de los escuchas.

Apenas habían terminado de hablar cuando llamaron a la puerta. Alice abrió y encontró al otro lado a un Ibolh que les sonreía.

—¿Me harán el honor de cenar en mi compañía? —preguntó.

—Si la comida es buena… —dijo Adán en su papel de Narga-Ad, mientras buscaba entre sus cosas.

—Su sentido del humor parece haberse despertado, comandante —dijo Ibolh—. Cosa que celebro.

Adán había encontrado al fin su pistolera y estaba sujetándosela al cinturón. El hombre de la túnica amarilla se acercó a él y, tendiendo la mano, pidió:

—¿Le importa que le guarde su arma, comandante?

—¿Por qué?

—Sé que es costumbre entre los capitanes piratas ir siempre armados, pero le aseguro que aquí, dentro de la ciudadela, no le servirá de nada.

—Me gustaría conservarla. Sin ella me siento como desnudo.

—Comprendo; pero tiene que respetar nuestras leyes.

Adán extrajo su pistola, entregándosela a Ibolh de mala gana.

—Cuídela —pidió con voz ronca—. La tengo hace tiempo y mi aprecio por ella es muy grande.

—Descuide —le prometió Ibolh guardándola entre los pliegues de su túnica—. ¿Me siguen?

La pareja caminó detrás de él. Recorrieron algunos corredores de aquel edificio que parecía un hotel hasta llegar a una sala grande con todas las trazas de ser un comedor.

Más de la mitad de las mesas estaban llenas de hombres que charlaban mientras comían y bebían. Muchos de ellos se volvieron para mirarlos. Alice atrajo la curiosidad de las masculinas miradas, aunque la presencia de Ibolh junto a ellos las hacía poco intempestivas.

Ibolh eligió una mesa apartada. Unos camareros de cabeza rapada y movimientos nerviosos corrieron a servirles.

—Permítame que sea yo quien elija el menú —dijo Ibolh.

—Usted manda —dijo Adán encogiéndose de hombros.

Instantes después, cuando la hubieron saboreado, él y su compañera tuvieron de admitir que Ibolh era un amante de la buena mesa y los selectos vinos.

—Hacía tiempo que no comía así —admitió Adán en su representación de

Narga-Ad

.

—Comprendo que debe estar cansado de comer la bazofia de a bordo. Como habrá podido comprobar, todos los alimentos que hemos comido son naturales, nutritivos y saludables. Ya en pocos mundos del Universo puede hacerse así —dijo Ibolh.

Adán sonrió.

—No hay nada mejor que una buena comida como preludio de las malas noticias. Puede comenzar cuando quiera, Ibolh.

—Tengo que admitir que es usted inteligente comandante, al

pensar que el principal motivo de querer cenar en su compañía era para ponerle al corriente de… ciertos detalles.

—Adelante.

—Bien. He hablado con el Jerarca, de ustedes. También son buenas las noticias que tengo que darles. El Jerarca les concede los mismos derechos que a todos sus colegas aquí presentes —Ibolh señaló con un suave ademán a los comensales.

—¿Todos estos hombres son piratas como nosotros? —preguntó Alice.

—Sí. Y ninguno de ellos es nuevo aquí como ustedes. Todos son capitanes y segundos de a bordo, viejos conocidos nuestros. Han estado en Butdar varias veces. Cada vez tardan menos en regresar —Ibolh suspiró—. Por desgracia los patrulleros muestran más eficacia y algunos dejan de visitarnos para siempre. El sector Dehte se está convirtiendo en algo muy incómodo para la piratería. ¿Cómo consiguieron ustedes sobrevivir durante tanto tiempo?

—Creo que todo eso ya lo expliqué —gruñó Adán. —¿Es que olvidó que dije que estuvimos operando en los asteroides cerca del borde del sistema?

—Pero allí casi no se obtienen ganancias, comandante.

—Eso lo sé; pero los patrulleros apenas llegan hasta allí y los granjeros y mineros no tienen medios suficientes para pedir ayuda.

—Es cierto. ¿Qué les parece el café de Butdar?

—Delicioso. ¿Por qué no habla de una vez? ¿Qué nos va a costar todo esto?

Ibolh sorbió el resto de su taza, se limpió con marcada lentitud la comisura de los labios con una suave servilleta y dijo:

—Butdar era un planeta salvaje cuando nosotros llegamos aquí, comandante. ¿No ha adivinado quiénes somos?

—Creo que sí.

—Bien. Sigamos. Tuvimos que trabajar mucho y duro para conseguir todo lo que en parte ha visto. Pero aún nos queda mucha tarea por hacer. Y para esta tarea precisamos de abundante mano de obra.

—¡Eh! —exclamó Alice simulando profundo enfado—. ¿Es que este tipo insinúa que nos va a emplear como braceros?

—Cállate y escucha en silencio —la regañó Adán.

—Nada de eso —dijo Ibolh simulando su sonrisa—. Por fortuna

Butdar dispone de suficientes obreros. Ya estaba habitado por una raza casi humana, aunque viviendo en estado salvaje. Al principio los nativos estuvieron dispuestos a ayudarnos a cambio de algunas baratijas porque nos consideraron seres superiores, pero con el tiempo cambiaron de idea y huyeron de nosotros. Entonces tuvimos que obligarlos a trabajar a cambio, tan sólo, de un techo y un poco de comida.

—¿Esclavitud?

—¿Por qué no? Los nativos son seres inferiores. Son indolentes y difíciles de doblegar. Sólo con el látigo golpeando sus espaldas están obligados a obedecer. ¿Es que está en contra de nuestros sistemas para obtener mano de obra abundante y barata, comandante?

—¿Por qué iba a estarlo? —dijo Adán encogiéndose de hombros.

—Resulta que continuamente nos vemos precisados a tener más obreros bajo nuestro servicio. Nuestras necesidades crecen día a día. Pero las tribus se alejaron de nosotros y cada vez nos cuesta más trabajo poder «reclutarlos».

Adán sonrió torvamente.

—Voy comprendiendo perfectamente —dijo—. No se esfuerce en dorarme la situación.

—Va entendiendo. ¿Tengo que añadir que para pagar nuestro inapreciable servicio nos tiene que facilitar cierto número de nativos?

—No. Está claro. ¿Y todos los capitanes piratas hacen lo mismo?

—Desde luego. Pero tengo que advertirle algo antes que siga mostrándose tan tranquilo.

—¿De qué se trata?

—No es un juego capturar nativos. Aunque ellos no disponen de armas modernas, han aprendido a combatirnos. Son astutos y han conseguido aniquilar algunas expediciones que se confiaron.

—Yo no me confiaré.

—Eso espero. De todas formas alguien le acompañará en la primera misión.

—¿Quiere decir que con una sola incursión no saldaré mi deuda?

Ibolh negó con la cabeza.

—No, de ninguna manera. Hemos efectuado un estudio en su

nave, comandante, y los daños que tiene son elevados. El sistema de impulsión protoplasmática está inutilizado. Necesitará uno nuevo. También precisan de una reparación a fondo sus armas ofensivas. ¿Sabía que su fuselaje estaba a punto de saltar en mil pedazos? Tal como está ahora sólo puede navegar entre los planetas pero no efectuar ningún salto a las estrellas.

—Algo de eso me temía —dijo Adán arrugando el ceño—. Bien, dígame de una vez a cuánto asciende la factura.

—El Jerarca ha estudiado el informe emitido por nuestros técnicos y ha decidido que usted y sus hombres deberán traernos cinco mil nativos adultos varones y mil mujeres jóvenes.

—¿Es que intentan tener distraídos a los nativos con las mujeres? —preguntó Alice.

Ibolh sonrió irónicamente.

—Muy gracioso, señorita; pero la verdad es que estos caballeros no suelen ser muy cuidadosos con las nativas que les entregamos y suelen durarles poco tiempo —dijo señalando a los comensales—. Y no hablemos de las que enviamos a las tripulaciones. Ésas apenas resisten unas semanas.

Adán sintió que se le revolvía el estómago y miró a su compañera, temiendo que ésta no se contuviese como él. Sólo la vio palidecer un poco, pero resistió mejor de lo que supuso.

—¿Cuándo tenemos que partir? —preguntó, queriendo aparentar una tranquilidad que no sentía.

—Pasado mañana. Hasta entonces será instruido en la geografía de la zona donde operará. Deberá conocer usted muy bien las costumbres de los nativos y sus métodos de lucha. Además, un experto irá en la expedición.

—¿Es necesario? —preguntó Adán no gustándole aquello.

—Para su seguridad y la de sus hombres, sí. —Ibolh buscó entre los hombres que estaban en el salón y gritó—: ¡Xunto!

Del fondo se levantó un hombre corpulento, casi un gigante. Tenía una poblada barba negra y varias cicatrices en el rostro. Avanzó hacia ellos lentamente observando curiosamente a la recién llegada pareja. Alice recordó que aquel individuo había sido uno de los que con más curiosidad les había estado mirando desde que entraron en el comedor.

—Xunto es un veterano. Ya apenas sale de Butdar. Sólo lo hace

de tarde en tarde para recordar sus viejos tiempos. Dice que le gusta más su nueva vida. Es todo un experto en el arte de capturar nativos. Me parece que ha batido todos los récords de capturas.

Xunto había llegado junto a ellos e Ibolh hizo las presentaciones. El enorme pirata agarró una silla y se sentó junto a ellos. Gritó a uno de los camareros que le trajese una botella de vino y cuando la tuvo se sirvió un vaso hasta el borde sin invitar a nadie y se lo bebió de un trago. Mientras lo volvía a llenar, preguntó:

—¿Qué desea de mí, Ibolh?

—El capitán Narga-Ad y su tripulación saldrán pasado mañana a Picos Largos. El Jerarca me ha dicho que le comunique a usted que deberá acompañarlos. Ya sabe cuáles son las costumbres.

Xunto masculló unas imprecaciones.

—Yo fui de los primeros en llegar y nadie tuvo conmigo semejante amabilidad. Hube de conocer a esos malditos nativos y sus trampas por mí solo. Perdí muchos hombres hasta lograrlo y sufrí demasiadas heridas en mi cuerpo.

—Entonces no había nadie capaz de ayudarle, Xunto —dijo Ibolh—. ¿Está de acuerdo?

—Haré lo que ordene el jerarca —asintió y bebió el segundo vaso. Luego miró fijamente a Adán—. ¿Su nave se llama *Rapiña*?

Adán asintió poniéndose en guardia.

—Yo conocí a unos tripulantes de esa nave hace años, cuando descansaba en los asteroides, y los patrulleros no pululaban tanto por el espacio. Se llamaban Tíaf y Emerich. Eran navegantes de primera. ¿Siguen aún con usted?

—No los conocí -dijo Adán lentamente. —La *Rapiña* ha tenido muchos tripulantes antes que yo me hiciera cargo de ella.

—Es lógico; pero creo que podrá darme alguna información sobre ellos. Fueron buenos chicos y me gustaría saber qué les pasó, ¿podrá tomarse esa molestia conmigo? Sé que usted debe conservar los registros grabados de sus antecesores, comandante
Narga-Ad
.

—Para eso tendría que ir a mi nave, Xunto —sonrió Adán—. Y ahora está, supongo, en los astilleros. Creo que podré satisfacerle cuando regresemos de la expedición.

—Ordenaré que mañana un coche le lleve hasta el astropuerto,

Narga-Ad
—dijo Ibolh—. No enviaremos su nave a los astilleros hasta dentro de tres o cuatro días. Me agradará ver complacida la curiosidad de Xunto.

—De acuerdo —asintió Adán—. Aún no sé qué pasa con mis hombres. ¿Qué tal se encuentran?

—Fueron alojados convenientemente. Mañana, si lo desea podrá verlos, camino al astropuerto.

—Sí, será mejor así. Tengo que dar algunas instrucciones a Koritz.

Adán calló porque estaba observando que Xunto no apartaba la mirada de Alice. Había entablado con ella una trivial conversación y parecía querer devorarla con los ojos.

De pronto, Xunto se volvió hacia Adán y, regocijado, le dijo:

—Amigo Narga-Ad, si algún día desea un intercambio de tripulantes, le cambio mi cocinero cojo y tuerto por su Clarisse, su segundo.

—No me parece mal el cambio —dijo Adán siguiendo la broma —. Si ella está conforme…

—¿Quiere decir que no le importaría?

—Narga-Ad, intenta explicar a su dura cabezota —intervino Alice— que yo soy libre de dejar la *Rapiña* y a él mismo cuando me plazca.

Xunto se rascó su mejilla repleta de cicatrices.

—Nunca vi una pareja igual. Preciosa, ¿usted conoció a Emerich?

Alice se tomó unos segundos para responder, después de cruzar una mirada intranquila con Adán.

—No llevo mucho tiempo a bordo del *Rapiña*.

Xunto soltó una risotada.

—Debí figurármelo. Ese Emerich se hubiera convertido en un serio rival para usted,
Narga-Ad
.

El pirata se levantó, tomando la botella medio vacía. Saludó a Ibolh con un gesto y dijo a Adán de forma seca antes de marcharse:

—No olvide esos datos que le he pedido acerca de mis amigos, comandante. Tengo mucho interés en saber de ellos. Muchísimo.

4

Ibolh avanzó lentamente hacia la larga mesa situada al fondo de la gran estancia. Cuando estuvo a un metro de ella se arrodilló y bajó la mirada. Permaneció inmóvil hasta que la voz grave del hombre situado detrás le dijo:

—Levántate.

Cuando lo hubo hecho se permitió ver de frente al Jerarca de Butdar. Ibolh nunca podía reprimir un estremecimiento al encontrarse ante su presencia.

Yimiet, Jerarca de la secta de los Supremos, único superviviente del grupo que gobernó antaño en el Sector de Dehte, era un anciano de edad indefinida. Nadie que le conociera podía saber si tenía cincuenta o cien años. Su piel reseca se pegaba sobre un esqueleto pequeño y alto. Vestía una túnica roja y cubría su calva cabeza con una capucha del mismo color, ribeteada con unos signos bordados en oro.

—Habla, Ibolh —dijo Yimiet tendiendo una mano.

—El comandante Narga-Ad y sus hombres han partido, Jerarca. Dentro de unas horas los transportes aéreos les dejarán cerca de su zona operacional. Tal como ordenasteis, Xunto les acompaña.

—¿Qué te ha dicho Xunto antes de partir?

—Aún no está seguro. Sigue teniendo dudas.

—¿Qué ha dicho Narga-Ad a Xunto de sus viejos camaradas?

—Nada que pueda satisfacer a Xunto. Si Narga-Ad trata de eludir el tema, lo está consiguiendo con mucha habilidad.

El Jerarca cerró los ojos. Parecía pensar, e Ibolh sabía que cuando lo hacía nada ni nadie debía distraerle.

—¿Cuál es tu opinión respecto a esos hombres, Ibolh? —preguntó el Jerarca abriendo los ojos y mirando fijamente a su sicario.

Ibolh tragó saliva. Pocas veces el Jerarca pedía la opinión de sus

subordinados. Era peligroso dar una respuesta precipitada. Tenía que ser cauto.

—Disponemos de pocos datos para un juicio concreto. Claro que siempre podemos ser precavidos y eliminar a Narga-Ad y su grupo si tememos algo de ellos.

—Yo no temo nunca nada, Ibolh.

—Perdón, Jerarca, yo…

—Silencio. Sabemos que el Orden Estelar ha regresado a Dehte. ¿Cuáles son sus propósitos? Los dehtenianos, era de esperar, empiezan a sospechar algo. Tarde o temprano tenía que ocurrir, pero hubiera deseado que no fuese tan pronto. Aún no estamos totalmente preparados. Nos falta bastante por hacer.

—¿Puedo preguntarle si piensa que Narga-Ad trabaja para el servicio de espionaje de Dehte?

—¿Por qué no? Siempre hemos temido que así ocurriera con las naves que solicitaban por primera vez nuestra hospitalidad. Hasta ahora no ha sucedido, pero alguna vez puede ser la primera. Y la historia de Narga-Ad y su compañera no me acaban de convencer. Además, cuando me comunicaste que Xunto había conocido a dos viejos tripulantes de la *Rapiña* pensé que podíamos salir de dudas. Y ese condenado comandante rehúye dar información exacta a Xunto. ¿Por qué? No podemos averiguar si es cierto o no que sus registros en la bitácora automática no funcionan exactamente.

—Yo los revisé personalmente, señor —dijo trémula mente Ibolh—. Y es cierto que se trata de un aparato muy viejo y la lectura anterior a dos años es confusa.

El Jerarca pasó la palma de su mano derecha sobre la pulida superficie de la mesa como si quisiera quitar una inexistente mota de polvo.

—Esperemos entonces —dijo con firmeza.

—¿Qué debemos esperar, Jerarca?

—Si Narga-Ad dice la verdad pronto lo sabremos cuando tengan que regresar. Tendrán que hacerlo con prisioneros. Si son falsos piratas tendrán que sentir cierta repulsión al saquear las aldeas nativas, matar e incendiar.

—Pueden superar esos escrúpulos.

—Puede ocurrir. Si así sucede nos harán un favor de todas formas. Tendremos más hombres para enviar a los sótanos. E inmediatamente los volveremos a comisionar a Picos Altos. Tenemos que acelerar nuestro trabajo, Ibolh.

—Sí, Jerarca. Ya he dispuesto que los demás jefes de piratas comiencen los preparativos para salir. Será una redada como nunca hemos efectuado. Apenas regrese Narga-Ad saldrán los transportes.

—¿Están todos los planes ultimados?

—Desde luego. Cada grupo expedicionario tiene perfectamente delimitada su labor. Hemos calculado que capturaremos unos doscientos mil hombres. Por primera vez ensayaremos los gases paralizantes. Eso facilitará la labor. Pienso que debimos permitir a Narga-Ad que utilizase esa nueva arma. Así hubiéramos tenido una experiencia práctica de su eficacia.

El Jerarca negó con la cabeza.

—No es necesario. Ya ha sido probada lo suficiente. —Sus delgados labios emitieron lo que podía interpretarse con muy buena intención como una leve sonrisa—. Además, deseo que Narga-Ad se enfrente a los nativos según los medios clásicos. No lo lamentaría en absoluto, si tuviese un mal encuentro.

Yimiet se levantó dando por terminada la entrevista. Antes de retirarse, encomendó a su sicario:

—Tenme informado al instante si Xunto envía algún mensaje.

—Sí, Jerarca —dijo Ibolh inclinando la cabeza y arrodillándose de nuevo.

Sólo cuando estuvo seguro que Yimiet había abandonado la estancia, se incorporó. Durante unos instantes estuvo observando las cortinas tras las cuales había desaparecido el Jerarca. Sabía que al otro lado estaba la estancia privada de Yimiet, la cual ninguno de sus íntimos servidores conocía y de la que su dueño sólo salía para dar órdenes o, en contadas ocasiones, para inspeccionar personalmente los trabajos que se efectuaban en la ciudadela, en las otras dependencias del espacio o bajo los celosamente guardados

sótanos de éste.

Después con paso presuroso, Ibolh salió de la estancia, dejando atrás los guardias armados que la custodiaban día y noche.

Xunto había estado ausente todo el día del campamento. Alice preguntó por él repetidas veces y ninguno de los hombres conocía su paradero. Al atardecer regresó y presentaba síntomas de cansancio.

Alice, junto a su tienda, le vio llegar y gritó su nombre:

—¿Qué desea? —preguntó Xunto cuando estuvo junto a la muchacha.

—Le estuve buscando.

El pirata soltó una ininteligible imprecación.

—Y yo he estado buscando a Narga-Ad. ¿Dónde demonios está?

—Él es el jefe de la expedición, según creo. ¿Acaso tiene que darle explicaciones?

—Me temo que sí. ¿Olvidan ustedes que aún están a prueba?

Alice puso las manos en jarras. Intentó aparentar mayor enfado que el que tenía.

—Escuche, amigo. Narga-Ad, Koritz y yo agradecemos mucho cuantos consejos nos ha dado, ahora que estamos en tierra hostil. Las naves transporte que nos han traído se marcharon esta mañana y no regresarán hasta que no tengamos el ganado humano listo. Narga-Ad no está seguro del terreno que nos rodea. Aunque usted diga que la tribu nativa que tenemos que atacar está aún lejos, él quiere comprobarlo con sus propios ojos. ¿Lo entiende ahora?

—No del todo.

—Pues es sencillo, Narga-Ad no quiere perder ninguno de sus hombres. Esto no es un juego de niños, me parece. Si lo fuera sería el propio Jerarca y sus hombres quienes vinieran aquí, y no tendrían que molestarse en hospedar a ninguna nave pirata para que hagan por ellos este desagradable trabajo.

—¿Dónde ha ido Narga-Ad? ¿Qué dirección ha tomado? —preguntó insistente Xunto.

—Se marchó hacia aquellas cordilleras —dijo Alice señalando el norte.

—Estúpido —masculló Xunto—. El poblado de la tribu de Zemet está en medio de su camino. Se topará con ellos y…

Los ojos de Alice chispearon.

—¿No dijo que estaba a más de un día de camino de aquí? ¿Por qué mintió?

—No mentí. Aquí estamos seguros, lo sé; pero quise decir a ustedes que estaban más lejos para no inquietarlos. Los nativos nunca han atacado primero; siempre esperan ellos el ataque, y eso sólo ocurre cuando no son alertados. Ahora, su estúpido jefe los pondrá sobre aviso.

Alice sintió un profundo temor, pero se sobrepuso y trató de mostrarse indiferente cuando habló.

—Sabrá cuidarse.

Ante los hechos consumados, Xunto pareció calmarse.

—¿Cuándo cree que volverá?

—Calculo que al amanecer.

Los hombres de la *Rapiña* estaban terminando de cenar y comenzaban a retirarse a sus tiendas. El día había sido agotador. Habían trabajado duro preparando las empalizadas que debían acoger a los futuros esclavos. Koritz ya había distribuido los centinelas y todo parecía en orden.

Xunto se encogió de hombros y emitió una sonrisa amistosa a Alice.

—Bien, seamos amigos. ¿Por qué no me invita a una copa?

—No tengo vino ni licor.

—Yo tengo algo —dijo Xunto sacando de su guerrera una botella aplastada—. Es auténtico coñac. Lo conservo desde hace mucho tiempo. Iba en un carguero de Dehte V. ¿Tiene un par de vasos al menos en su tienda?

La muchacha miró al hombre largo rato y terminó sonriendo.

Entraron en la tienda y Alice encendió la lámpara. Xunto, al seguirla, había echado la cortina metálica procurando no hacer el menor ruido, pero la operación había sido vista por Alice con el rabillo del ojo mientras sacaba de su bolsa de viaje dos vasos de metal.

Xunto repartió coñac e hizo chocar su vaso con el de Alice.

—Brindemos por nosotros —dijo— y porque Narga-Ad tarde en volver.

—¿Porqué?

—Deseo que estemos solos los dos esta noche.

Alice bebió un sorbo sin dejar de mirar a Xunto. Ni siquiera había parpadeado ante las últimas palabras del pirata. Cuando éste intentó tomarla por la cintura, ella se escabulló ágilmente, aunque sin brusquedad, y dijo:

—El coñac es demasiado prosaico, Xunto. Ahora recuerdo que sí me traje una botella de vino.

—Es buena idea.

Ella fue al fondo de la tienda y regresó con la bebida. Lo tomaron lentamente y Xunto dijo:

—¿Es cierto que Narga-Ad no tiene sobre usted ningún derecho?

—Ninguno. Soy libre. ¿Le hubiera importado eso mucho?

El hombre sonrió ampliamente.

—Creo que no. Sólo me importa que a usted le agrade yo. De todas formas tengo la impresión que usted es una posesión más de Narga-Ad
.

Alice suspiró.

—¿Es que sólo haciéndome el amor podrá convencerse de lo contrario? —preguntó ella.

—Desde luego —asintió Xunto bebiendo un segundo vaso repleto de vino.

—Si las cosas fueran como usted piensa, ¿no teme que se presente
Narga-Ad
y le vuele la cabeza de un tiro? ¿Por qué se arriesga a una posible situación de locura de mí, según usted, amante?

—Me gusta usted, Clarisse. Es muy bella. Desde que la vi estoy deseando besarla.

—¿No le satisfacen las mujeres nativas de que disponen?

—No. Son frías. Y yo estoy seguro que usted es…

Xunto se detuvo. Parpadeó y miró sorprendido el vaso, ya vacío.

—¿Qué me pasa? —preguntó quedamente—. Nunca me he emborrachado con tan poco…

Alice le abrazó. Los ojos de Xunto ya estaban cubiertos por una película opaca cuando ella tuvo que emplear todas sus fuerzas para impedir que cayera. Con gran esfuerzo lo condujo hasta la cama, dejando entonces que el pesado cuerpo se desplomase inerte sobre el delgado colchón de aire.

La muchacha resopló y se sentó en un taburete. Tomó el pulso a Xunto y le abrió los párpados. Luego sonrió satisfecha.

Alguien entró en la tienda. Alice se volvió y dijo a Koritz:

—Está a punto. Prepáralo todo.

El teniente llevaba un maletín del que sacó unos electrodos que insertó en la frente de Xunto. Inyectó al inanimado cuerpo por tres veces y miró por último su reloj, diciendo:

—En cinco minutos puede interrogarle, comandante Cooper.

Ella asintió. De súbito una sombra de preocupación cruzó su bello rostro, preguntando:

—¿Hay noticias del comandante Villagran?

El teniente negó con la cabeza.

—Empiezo a estar preocupada —reconoció Alice.

—El comandante dijo que volvería al amanecer —reconoció Koritz.

—Lo sé, lo sé; pero lo que intentaba hacer era muy arriesgado. Sólo tenía los informes que le proporcionó Xunto acerca de esa tribu —cerró los ojos. —Debí haberle persuadido que desistiera. No podrá entrevistarse con los jefes nativos. Y en caso que consiga llegar hasta ellos, será encadenado.

Koritz estaba aguardando que llegase el momento en que las drogas obligasen a Xunto a contestar a todas las preguntas de Alice. Aún quedaban dos minutos.

Alice sólo pareció calmarse cuando Koritz advirtió:

—Ya puede comenzar el interrogatorio —y conectó la grabadora.

Zenuet, señor de la guerra y jefe de los abors, se levantó.

Sus capitanes, ayudantes y demás hombres principales de la tribu hicieron lo mismo y lentamente fueron saliendo de la estancia donde acababa de celebrarse la reunión. Sobre la mesa dejaban las jarras de vino vacías y los planos de la región dibujados sobre pieles curtidas.

Cuando estuvo solo, Zenuet tomó su capa de piel y salió al exterior de su vivienda. Ya había anochecido. La reunión había sido larga y fatigosa. Miró el poblado y la alta empalizada que lo rodeaba. Sobre ésta, los centinelas vigilaban el exterior. Era una noche sin luna y se habían encendido los fuegos de las torres. De vez en cuando se oían las voces de las patrullas que recorrían la

campiña.

Lentamente bajó los peldaños de madera de su vivienda, pasó ante el centinela que hacía guardia, el cual golpeó su lanza contra el escudo a guisa de saludo.

La plazoleta estaba desierta. De las casas cercanas salían voces, algunas risas nerviosas y llantos de niños. El poblado aparentaba una tranquilidad que realmente dejaba de sentir.

Ya todo el mundo conocía la noticia de la llegada de las naves voladoras que aterrizaron aquella mañana al otro lado del valle. Y nadie ignoraba lo que iba a suceder pronto. Al día siguiente, o al otro los terribles hombres de las llanuras caerían sobre ellos, matando con sus armas de fuego, incendiando y llevándose a cuantos hombres jóvenes y sanos encontrasen.

Tan pronto como los vigías llevaron a la tribu aquella nefasta noticia, Zenuet convocó la reunión, y durante varias horas estuvieron trazando un plan de defensa. Al mismo tiempo se enviaron emisarios a las otras tribus cercanas, incluso a las que no eran amigas. Ante la presencia de los esclavistas las rencillas quedaban olvidadas. Luego, cuando el peligro hubiese pasado, las tribus podían volver a guerrear entre ellas por cualquier nimiedad. Sin embargo, era costumbre que cuando llegaban los esclavistas los poblados dejaban de combatirse y los duelos personales quedaban postergados.

Las medidas que durante la reunión se habían decidido eran las normales en aquellas circunstancias. Se procuraría enviar a las mujeres, niños y ancianos lo más lejos posible, mientras los hombres se quedarían para combatir hasta morir.

Zenuet había propuesto un plan que fue rechazado por los demás consejeros, por considerarlo demasiado atrevido. Él había querido atacar en lugar de esperar la llegada de los hombres de las estrellas, pensando que tal movimiento nunca se había hecho y que, por ende, podía proporcionarles una posible victoria. Pero pesaba demasiado entre los ancianos el atávico sistema de defender las propiedades, los campos y el poblado, como se había hecho siempre.

Había llegado hasta la empalizada casi sin darse cuenta, sumido en sus pensamientos. Alzó la mirada y vio un guerrero, cubierto del frío de la noche con su gruesa capa llegar hasta la altura de la torre.

Zenuet pensó que le había visto y se acercaba para identificarle. No deseando provocar ninguna falsa alarma, le gritó:

—Soy yo, Zenuet. Sigue tranquilo, guerrero.

Se alejó unos pasos de la empalizada y se detuvo sorprendido al oír el ruido leve que produjo el centinela con sus armas al descender por la escalera de madera. Se volvió observando cómo el guerrero, una vez en el suelo, caminaba hacia él.

No podía verle el rostro porque la luz procedente de la torreta le daba en la espalda y, además, tenía el casco de hierro muy caído sobre la frente. Se extrañó ante la dejadez con que llevaba la lanza y el escudo, sostenidos por la mano izquierda, mientras que la otra la llevaba oculta dentro de la capa.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué abandonas tu puesto?

El centinela se detuvo a tres pasos de Zenuet y, por toda respuesta, de un brusco movimiento se echó la capa hacia atrás y mostró su mano derecha que empuñaba algo reluciente, que Zenuet conocía demasiado bien.

—Gracias por haberte identificado, Zenuet. Me has ahorrado un gran trabajo.

Zenuet estuvo a punto de reaccionar instintivamente sacando su corta espada, pero el sentido común se impuso. Sabía que aquel hombre sólo tenía que mover un poco su dedo índice para destrozarle el pecho.

—Tú eres un hombre de las estrellas —masculló Zenuet rebosante de rabia.

—No estás del todo equivocado. Llévame a un lugar donde podamos hablar sin ser molestados. ¿Sabes cómo funciona esto? —preguntó agitando su arma.

—¿Qué intentas? No comprendo…

—Ya comprenderás. ¡Vamos! Tengo que regresar con los míos antes del amanecer y estar aquí me pone nervioso. Pero te aseguro que no soy un enemigo tuyo.

5

—No puedo estar seguro de todo lo que me has contado —dijo Zenuet cuando Adán Villagran terminó de hablar.

El comandante se encogió de hombros.

—¿Por qué no me crees? Te he dicho toda la verdad. Es lógico que ignorases que no todos los hombres de las estrellas son igual de malvados que los que viven en las llanuras y os esclavizan. Pero debes creerme. ¿Qué otros motivos iba a tener yo para llegar hasta ti y correr el peligro que estoy corriendo?

Zenuet entornó los ojos pensativo.

—Está bien. Voy a confiar en tus palabras —dijo al cabo de unos instantes—. Convocaré ahora mismo una reunión.

Mientras el jefe tribal se dirigía hacia la puerta de su vivienda, en donde por más de una hora estuvo escuchando a Adán, éste le dijo:

—Pero recuerda que cuento con tu palabra de honor de que saldré de aquí cualquiera que sea la decisión del consejo.

Zenuet asintió y llamó al centinela que vigilaba en la entrada y el cual aún debía estar preguntándose por la identidad del guerrero que había penetrado en la casa detrás de su jefe.

Adán conocía perfectamente la lengua que hablaban los aborígenes de Butdar, un viejo dialecto de aquella región estelar, y estuvo atento de que Zenuet no transmitiese al centinela otras órdenes que no fuesen la de avisar a los hombres que hacía poco más de una hora salieron de allí.

—Estarán aquí enseguida —dijo el jefe regresando junto a Adán y sentándose frente a él.

El terrestre seguía sosteniendo su pistola, pero ya no apuntaba a Zenuet, quien mirándole fijamente le preguntó:

—¿Por qué, si perteneces a un ejército tan poderoso como dices, no acabáis con el Jerarca Yimiet y sus sicarios?

—Primero tenemos que destruir las instalaciones que producen el escudo que impide a nuestras naves acercarse. Luego; cuando los nativos, vosotros, os unáis y solicitéis nuestra ayuda, los esclavistas podrán ser expulsados de este planeta.

Zenuet arrugó el ceño. No parecía estar muy convencido.

—Creo que pedirás persuadir al consejo, pero veo difícil que los jefes de las demás tribus acepten tu plan, Adán Villagran.

—Si no lo hacéis así nunca podréis vencer. ¿No estáis cansados de que los piratas del Jerarca os apresen?

—¡Claro que sí! Esto está sucediendo desde hace tiempo. Mi abuelo ya luchaba contra el Jerarca y mi pueblo ha tenido que trasladar desde entonces el poblado más de cien veces.

—Pero estáis desunidos —insistió Adán—. Cada tribu no puede disponer de más de doscientos guerreros. Me has dicho que en cien kilómetros a la redonda existen más de cincuenta tribus. Entre todos podéis sumar un ejército considerable, capaz de poner en un aprieto a los esclavistas, a pesar de sus armas modernas.

—Tú lo has dicho, Adán Villagran; podemos poner en un aprieto a nuestros enemigos, pero nunca lograremos vencerlos.

—Sí podéis hacerlo con nuestra ayuda.

—Que los dioses te escuchen —barbotó Zenuet.

Al poco rato escucharon voces en el exterior. Los consejeros se estaban reuniendo. Era normal que sólo cuando estuvieran todos entrasen en casa del jefe.

—Están extrañados —dijo Zenuet—. No comprenden lo que pasa. ¿Puedo decirles que entren?

—Sí. Confiemos en que tus hombres me den la oportunidad de hablar.

Ofendido, Zenuet respondió:

—Ninguno osará tocarte si yo no lo permito —y se dirigió hacia la puerta.

Adán enfundó la pistola. Confiaba no tener que hacer uso de ella para salir del poblado. Pronto amanecería y deseaba regresar junto a Alice y su tripulación lo antes posible. Estaba impaciente por conocer si el plan de su compañera había surtido el efecto deseado en Xunto.

Alice recibió alborozada la noticia de que Adán había regresado. Salió a su encuentro y le abrazó bajo las primeras luces del día. Los

hombres estaban saliendo de sus tiendas y sonrieron ante el regreso de su comandante. Seguidos de Koritz, la pareja se encaminó al cobijo. Xunto aún permanecía allí y parecía dormir profundamente.

—Despertará dentro de un par de horas —dijo Alice.

—¿Sospechará algo? —preguntó Adán.

—En absoluto. Creerá, tal vez; que estuvo conmigo y luego se emborrachó. No recordará nada de lo que nos estuvo contando.

El regreso había sido fatigoso desde el poblado de los abors. El propio Zenuet y algunos guerreros le habían acompañado hasta unos tres kilómetros del campamento como medida de seguridad; ya que Adán empleó el doble de tiempo en llegar hasta el valle de la tribu porque estuvo evitando las patrullas y centinelas nativos.

Explicó rápidamente a Alice y Koritz lo sucedido.

—Costó mucho trabajo pero el consejo accedió al final. Colaborarán con nosotros. Ahora debemos confiar en que el mayor número de tribus se unan a los abors. Atacarán esta noche.

Alice no pudo reprimir un gesto de asombro.

—¿Atacarán esta noche?

—Sí —asintió Adán—. A menos que lo que te haya contado Xunto me obligue a variar lo acordado. Zenuet ordenará los planes trazados si no sucede antes algo que impida su ejecución. ¿Te dijo alguna cosa interesante ese tipo? —y señaló a Xunto, quien a cada instante resoplaba ruidosamente.

—Tal como pensamos, es alguien que goza de la confianza de Ibolh y, creo, del mismo Jerarca —sonrió Alice—. Está al corriente de los proyectos a largo plazo de los Supremos.

Adán alzó una ceja. Aquello podía ser interesante. Con un gesto indicó a Alice que prosiguiese.

—Creo que en unos días, cuando nosotros regresemos, el Jerarca ha dispuesto una expedición monstruo contra los nativos. Intervendrán todos los piratas y facinerosos que alimentan y alojan. Incluso se unirán las tropas de los Supremos. Temen que los nativos, ante la persistencia de las excursiones, se alejen de las bases de los Supremos y oculten aunque sea bajo tierra.

—Es cierto —asintió Adán—. Los nativos llevan mucho tiempo soportando este estado de cosas. No saben qué hacer para soportar tan desagradable situación. Hace tres generaciones que les hostigan y convierten en esclavos. No me extraña que los Supremos piensen

que huyan de ellos.

—Eso no es todo, Adán. Los Supremos confían en capturar después de esa expedición a unos quinientos mil nativos.

El terrestre silbó asombrado.

—¿Qué piensan hacer con tantos esclavos? Tengo entendido que disponen de otros tantos, según un cálculo aproximado que hice con Zenuet. No hay que olvidar que los Supremos llevan tres generaciones dedicándose a la captura de esclavos.

Alice sonrió.

—Me defraudas, querido. ¿Es que acaso vimos a tantos esclavos trabajando para los Supremos? Apenas nos tropezamos con algunas docenas siempre los vimos de lejos y todos nos parecieron un poco extraños.

—¿Extraños?

—Sí. Vagaban como almas en pena. Yo diría que estaban drogados.

El teniente Koritz, que hasta entonces había estado presente sin intervenir en la conversación, tosió y dijo:

—Si me permiten… Los hombres y yo en nuestros alojamientos cercanos al puerto espacial también vimos a los nativos esclavizados. Por supuesto se dedicaban a las tareas más ínfimas. Estoy de acuerdo con la comandante Cooper. Esos desdichados parecían no disponer de su voluntad. Igual ocurría con las mujeres nativas.

—Creo que voy entendiendo —dijo Adán—. Continúa, Alice.

—Ya queda poco, en realidad. El Jerarca está preparando un ejército para reconquistar de nuevo el Sector Dehte. Para eso quiere los nativos. Desde hace tiempo los captura, les lava el cerebro, les impone sus ideas y… los congela.

—¿Quieres decir que opera a cada nativo para convertirlo en un guerrero obediente? —preguntó Adán pensando que aquel trabajo era perfectamente factible pero que necesitaba largo tiempo. El Supremo no podía acondicionar de esta forma a más de diez hombres por día, y esto suponiendo que dispusiera de un elevado número de cirujanos, cosa que dudaba.

—No olvides que los Supremos fueron hechiceros antes de la caída del Imperio. El Jerarca conoce una droga que simplifica el trabajo. Puede preparar miles de litros en días y captarse así la total

fidelidad, hasta la idolatría, de los nativos capturados. Entonces, para no tenerlos que alimentar, bajo su misma morada dispone de enormes espacios subterráneos donde los conserva en animación suspendida hasta que llegue el momento de necesitarlos.

—Nadie conoce tal droga —dijo Adán—. Al menos que tenga unos efectos eternos.

—Los Supremos sí la conocen. Yimiet la trajo consigo cuando huyó de Dehte.

—¡Un momento! —exclamó Adán—. Estamos hablando casi sin darnos cuenta, del Supremo, como si él fuera el mismo Jerarca que huyó de la rebelión de los dehtenianos, que se refugió en Butdar con sus sirvientes que sobrevivieron y que durante tres generaciones ha estado gobernándolos. Nadie puede vivir tanto tiempo. Es imposible. Además, ya era viejo cuando él y los suyos perdieron el poder. ¿Qué confusionismo es éste?

Alice se encogió de hombros.

—Eso no lo sabe Xunto, y por lo tanto no he podido averiguarlo. Lo que sí supe es que en la redada gigantesca el Jerarca dará a los piratas unos gases paralizantes que impedirán a los nativos resistirse. Aquí, en este plano, tengo señalados los puntos que serán bombardeados —Alice indicó sobre el papel los lugares que ella previamente había marcado con lápiz rojo.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Adán sonrió.

—Magnífico —dijo—. Este dato nos servirá mucho para nuestros planes. ¿Qué piensan hacer los Supremos después que dispongan de ese enorme ejército de zombis?

—Creo que confía que la flota espacial pirata, ante el reclamo del considerable botín que les prometerá, se ponga a sus órdenes. Ellos transportarán a los nativos, convertidos en fieros guerreros, hasta los planetas de Dehte. Me temo que si consigue conquistarlos piense hacer con todos sus habitantes algo parecido a lo que está haciendo con los aborígenes de Butdar.

—No les dejaremos —afirmó Adán. Miró su reloj, suspiró y añadió—: Estoy agotado, pero tengo que volver al punto donde unos mensajeros de Zenuet esperan un posible informe mío. Los detalles que me has dado me obligan a variar un poco mis planes.

—Envía una nota con un soldado —dijo Alice.

—Imposible. Yo puedo hablar el idioma nativo, al igual que tú y

los demás hombres, pero Zenuet y los suyos no leen nuestra escritura por la sencilla razón que ellos aún no disponen de una verdadera gramática. El mensaje tiene que ser oral. Estaré de vuelta antes que Xunto despierte. Pero será mejor que Koritz se encargue de llevarlo a su tienda para que despierte en ella.

—Bien, comandante.

—Cuando regrese explicaré a todos cómo debemos comportarnos esta noche durante el ataque.

A Xunto aún le dolía la cabeza. Había despertado al atardecer terriblemente mareado, con sus recuerdos convertidos en un torbellino. Antes que se diera cuenta tenía a Narga-Ad a su lado, acompañado de Clarisse. Escuchó el relato de su exploración por los territorios abors de forma confusa. De vez en cuando tenía que pedir a Narga-Ad que le repitiese algo. Solamente cuando escuchó que éste había descubierto un enorme ejército de nativos preparándose para atacarles, sacó fuerzas de donde pudo para soltar una enorme carcajada.

Dijo a Narga-Ad que estaba equivocado, que los nativos nunca podrían reunir tantos guerreros bajo un solo mando porque estaban totalmente desunidos. Una tribu permanecía impasible viendo cómo la vecina era atacada y llevada a los valles donde vivían los hombres de las estrellas.

—De todas formas, dispondré una fuerte vigilancia para esta noche —le había dicho Narga-Ad.

Xunto quiso protestar, alegando que ellos debían comenzar a operar aquel mismo día, tal como estaba previsto, a lo que Narga-Ad respondió que él era quien debía decidir y pensaba que era peligroso abandonar por el momento aquella posición privilegiada, desde la cual confiaba poder rechazar un ataque masivo de los nativos.

No insistió porque se encontraba muy mal. Ni con la ayuda de varias píldoras se repuso. No recordaba lo que sucedió la noche

anterior. Debió haber cogido una borrachera fenomenal. Lo que no podía concretar era si la borrachera la comenzó antes o después de besar a Clarisse. Había observado a la muchacha y la encontró indiferente. Al parecer no había contado nada a Narga-Ad, lo que le alegró, porque no deseaba por el momento más problemas que sumar a los que ya tenía que resolver.

Xunto presenció de malhumor cómo Narga-Ad ordenaba a sus hombres tomar posiciones alejadas del campamento. Le había dicho que quería tener siempre dominado un amplio terreno para que las naves de transporte pudieran aterrizar sin dificultad si se veían en la necesidad de llamarlas para evacuar. La zona que ocupaba en realidad era magnífica para defenderse. Los bosques estaban lejos y el terreno iniciaba un suave descenso a partir de unos centenares de metros del centro del campamento.

Llegó la noche y la espera se convirtió en algo ridículo para Xunto. Pero dos horas después comenzó el ataque. Los puestos más avanzados dieron la alarma. Narga-Ad ordenó que se encendieran las luces que convirtieron los alrededores en una zona totalmente iluminada.

A partir de entonces, los acontecimientos comenzaron a sucederse de forma vertiginosa y Xunto, una vez sobrepuesto de su asombro, dejó de pensar que los temores de Narga-Ad eran infundados y empezó a meditar que la situación era completamente anormal. Nunca antes los nativos habían atacado primero. Y menos aún de noche. Aquellos seres primitivos preferían la luz del día.

Adán le tiró de un brazo y le condujo hasta uno de los parapetos montados sobre una elevación del terreno. Allí estaba Alice y dos hombres y era un magnífico lugar para observar el ataque.

—Observe eso, Xunto —le dijo Adán.

Pero Xunto no necesitaba que le conminaran a hacerlo. Con los ojos muy abiertos y una inesperada lucidez que había apartado el prolongado dolor de cabeza, veía cómo millares de nativos se acercaban al campamento blandiendo sus armas, lanzas, espadas y hachas. Grupos de arqueros avanzaban tras la infantería lanzando

cientos de flechas que, a causa de la distancia, quedaban cortas.

Los puestos defensivos montados por Adán estaban actuando, efectuando constantes descargas caloríficas que levantaban, delante de las primeras líneas atacantes, esporádicas columnas de fuego que los mantenían a raya.

Xunto se volvió para mirar a Adán, quien enfurecido le dijo gritando para hacerse oír en medio de aquel fragor:

—Al diablo usted y sus consejos. Maldigo su presencia y el momento en que me enviaron aquí los Supremos. Todos sus informes eran falsos. Le juro que le saltaré la tapa de los sesos si no nos saca de este infierno. ¡Hágalo ya, maldito engendro de cloaca!

El hombre balbuceó que llamaría a la base y se alejó corriendo a su tienda. Cuando se hubo alejado, Adán hizo un guiño a Alice.

—Cuando entregué mi mensaje, Zenuet estaba cerca y pude hablar con él —explicó—. Entonces me dijo que los jefes de las tribus cercanas estaban acudiendo a su poblado y confiaba en convencerlos. Al parecer así ha sido. Pero cuando le dije que debían alejarse de las zonas donde se lanzarán los gases me puso una cara total de desaliento.

Alice suspiró.

—Confiemos que esos bárbaros sigan las instrucciones de sus jefes y no se tomen este combate en serio.

Adán se mordió los labios.

—No olvides que tenemos que convencer a Xunto que todo es real. Nuestros planes dependen mucho de que los Supremos y el Jerarca crean todo lo que les cuente.

Algunas flechas y lanzas, procedentes de un grupo que se había acercado demasiado, cayeron a unos metros detrás de ellos. Enseguida unas bolas de fuego proyectadas desde la línea defensiva hizo retroceder a los ardorosos guerreros. Algunos lanzaron gritos de dolor al sufrir quemaduras.

—El fragor de la lucha debe hacerles olvidar lo ficticio que es todo esto —gruñó Adán. —Espero que un poco de piel chamuscada les vuelva más razonables.

La luz proyectada desde el campamento les permitía ver cómo las hordas nativas comenzaban a retirarse. En aquel momento regresó Xunto y preguntó por la situación.

—Por el momento parecen desistir —dijo Adán—. Pero volverán

a atacar de nuevo. ¿Qué hay de esas naves?

Xunto gruñó unas imprecaciones.

—Al principio pensaban que estaba borracho. Me ha costado mucho convencerles que estamos en un apuro.

Ibolh soltó unas amenazas, pero luego accedió al envío de las naves. Estarán aquí antes de un par de horas.

—Confiemos que para entonces aún podamos defender el terreno que necesitan para el aterrizaje —dijo Adán.

—¿Enviarán naves armadas para hostigar a los nativos? —preguntó Alice.

—No dará tiempo de preparar nada. Bastante suerte tendremos si los transportes llegan en el plazo convenido.

Adán y Alice intercambiaron una mirada de inteligencia congratulándose ante aquella noticia. Habían temido que el Jerarca ordenase una acción de castigo al mismo tiempo que permitía la salida de las naves de rescate.

Durante las dos horas siguientes se reprodujeron los ataques. Los guerreros nativos se habían vuelto conservadores y sólo atacaban desde posiciones alejadas, que los ponían a salvo de los disparos, pero al mismo tiempo sus armas arrojadizas se convertían en algo totalmente inofensivo.

—Esto nunca ha sucedido —repetía Xunto moviendo la cabeza, como si no creyese lo que estaba viendo.

—Confío que diga la verdad, Xunto.

—¿Qué quiere decir?

—Le aplastaría la cabeza si supiera que me ha ocultado informes importantes acerca de los nativos —dijo Adán muy serio—. Ha puesto en peligro nuestras vidas.

—¡No tiene derecho a acusarme! Ibolh le confirmará todo lo que le he dicho.

Xunto sintió el frío contacto del cañón de una pistola junto a su mejilla izquierda. Se volvió y vio a Alice que le miraba ceñuda.

—Yo también le volaría la cabeza con gusto, viejo borracho.

Xunto tragó saliva. Cada vez comprendía menos a aquella mujer. Se preguntó qué habría sucedido la noche anterior. El dolor de cabeza seguía persistiendo, aunque a intervalos ahora.

—¿Sería capaz? —preguntó intranquilo. Pensaba que aquella pareja estaba enfurecida y dispuesta a hacer con él cualquier cosa.

—Por supuesto. Le enviaría a reunirse con sus queridos amigos, con ésos a quienes parecía tener tanto afecto. Tlaf y Emerich le abrazarían gustosos en el infierno.

Xunto abrió la boca para decir algo, pero el ruido agudo de las naves de rescate al aterrizar se lo impidió. Luego, durante el alboroto que siguió a la retirada, que más bien era una huida, no dejó de hacerse varias preguntas. Había algo que no le gustaba y estaba dispuesto a aclararlo tan pronto como pudiera.

El Jerarca había escuchado en silencio el informe de Ibolh. En aquella ocasión estaban reunidos todos los mandos superiores de los Supremos. La reunión había sido convocada con urgencia a causa de lo sucedido últimamente.

—Eso es todo, señor. Los transportes llegarán dentro de un par de horas. Me comunicaron que han podido rescatar a todos los hombres de la *Rapiña* vivos. Sólo algunos heridos leves.

—¿Por qué los nativos no sorprendieron el campamento? —preguntó el Jerarca—. Generalmente no suelen establecerse tantas precauciones como las que

Narga-Ad

dispuso. ¿Es que temía algo?

—Así es, señor. Xunto había informado anteriormente que

Narga-Ad

desconfiaba de sus consejos. De no haber tenido centinelas bien escondidos y preparados los proyectores de luz, los nativos hubieran ocasionado una matanza sin igual.

—Lo más desconcertante es que varias tribus estaban unidas en el ataque. Y el jefe de los abors, Zenuet, parecía dirigirlas —comentó el Supremo convirtiendo sus ojos en dos líneas relampagueantes—. ¿Es que Zenuet se ha convertido en el líder de las tribus?

Ibolh no supo qué responder. Entre los demás Supremos corrió un conato de conversación entre ellos que el Jerarca cortó con un ademán seco.

—Creo que debemos felicitar a Narga-Ad —dijo Yimiet—. Nos ha demostrado una inteligencia poco corriente. Ninguno de esos necios piratas hubiera pensado como él y ahora estaría con la cabeza separada del tronco.

Narga-Ad

nos será de mucha utilidad dentro de poco. Siempre estuve buscando un jefe con cerebro para ponerlo al mando de la flota espacial para la invasión. Él puede servir.

—Xunto siempre pensó que tal cargo iba a ser para él —recordó Ibolh.

El Jerarca lo fulminó con la mirada.

—Yo soy quien decide. Ahora ocupémonos de lo más importante. Adelantaremos los planes. Si los nativos están tan alborotados y sedientos de lucha, no podemos permitir que sigan uniéndose bajo el liderato de Zenuet. Llevaremos el plan proyectado mañana mismo.

Ibolh y sus demás compañeros no pudieron reprimir un murmullo de asombro.

—Sí, estúpidos —rezongó el Jerarca—. Ahora los guerreros están agrupados. No sabemos lo que intentarán —sonrió—. Tal vez incluso proyecten atacar nuestras instalaciones, campos y carreteras. Nada de esto lo tenemos suficientemente guardado porque nunca osaron a tanto. Ibolh, y todos los demás, debéis disponer que hasta la última nave pirata, sus capitanes y todos los tripulantes, además de nuestros propios cargueros, partan hoy mismo y comiencen a situarse, según el plan previsto, en los puntos elegidos para lanzar los gases paralizantes sobre el área dominada por las tribus.

—Pero… eso tomará tiempo, señor —se atrevió a insinuar Ibolh.

—Se hará como ordeno. Doy de plazo tres días para que las naves estén simadas en sus puntos. Y tres días más para que regresen con el medio millón de nativos que deberán completar el ejército que preciso.

Ibolh inclinó la cabeza sumisamente.

—Así se hará. ¿Y Narga-Ad y su tripulación? ¿Deberán partir hoy también junto con los demás?

—No. Considero que estarán agotados. Podemos prescindir de ellos. Todos los demás capitanes ya conocen el plan y tienen instrucciones. Xunto también quedará aquí.

El Jerarca se levantó de su sillón y vaciló cuando se dirigía a ocultarse detrás de las cortinas. Sus sicarios presenciaron nerviosos aquel síntoma de debilidad pero ninguno osó correr hasta él y tocarle. Yimiet se enderezó y alcanzó la entrada de su aposento

privado.

Durante unos instantes los Supremos, descendientes de aquellos que fueron expulsados junto con Yimiet de Dehte, se miraron consternados. Nunca, durante su vida al servicio del Jerarca, le habían visto tan agotado.

Luego, lentamente, se fueron retirando.

6

Adán había sentido cierto temor cuando los cargueros se posaron cerca de la ciudadela y no en el astropuerto espacial. Al ser conducidos a una casa y alojados en ella junto a Alice y los demás treinta y siete hombres, preguntó a un Supremo por la causa.

Había observado que la ciudadela estaba casi desierta. Antes de tomar tierra vieron salir de ella un gran número de vehículos que enfilaron hacia el astropuerto espacial.

—Ha comenzado el gran período, comandante Narga-Ad —le respondió el Supremo que acudió a recibirles.

—¿A qué se refiere?

—El Jerarca ha decidido adelantar sus planes. Los nativos que viven en los valles serán apresados todos y puestos al servicio de nuestra causa.

Esta noticia dejó a Adán de una pieza. Luego, cuando supo que las naves necesitarían de cierto tiempo pura tomar posiciones y que sólo después de tres días atacarían, se sintió más tranquilo.

—Espero que Zenuet siga mis instrucciones al pie de la letra y, desde el aire, no sean descubiertos sus movimientos —dijo Adán a Alice y Koritz cuando quedaron solos—. También confío que las aldeas queden desiertas y sus poblaciones se encuentren alejadas cuando lancen sobre ella los gases paralizantes.

Alice sonrió empero, contrastando su actitud optimista con el desaliento de Adán.

—Míralo por el lado bueno, querido —dijo—. El comienzo de la gigantesca redada va a significar que, prácticamente, todas las fuerzas del Supremo estarán lejos por algún tiempo. Zenuet y los ejércitos tribales pueden estar a poca distancia de aquí en menos de dos días de marchas forzadas. Y dudo que sean descubiertos desde el aire. Los bosques son densos y las naves, por ser espaciales, tendrán que navegar a gran altura.

Adán la besó.

—Tienes razón. ¿Dónde está Xunto?

Koritz dijo:

—Un coche estaba esperándolo. Parecía tener mucha prisa.

—Desde que subimos a los transportes he notado que se comportaba de forma extraña, como si de pronto sospechara algo.

—Estará temeroso de enfrentarse a Ibolh —rió Koritz—. Oí decir al conductor del coche que ese tipo quería verle de inmediato.

Adán se asomó a la ventana. La ciudadela ofrecía una quietud y un silencio poco tranquilizadores. Desde aquel lugar podía ver, cerca del horizonte, las naves partir del astropuerto espacial.

Eran cientos de ellas, de todas formas, épocas y sistemas de propulsión, pero bien cuidadas y fuertemente armadas.

El Jerarca había logrado reunir una flota espacial potente, capaz de poner en jaque a los patrulleros de Dehte. Y, además, pronto, si ellos no lo remediaban, también tendría a sus órdenes un gran ejército compuesto de guerreros nativos, fuertes y valientes, dispuestos a obedecer cualquier mandato sin discutirlo con sus cerebros acondicionados.

—Bien —dijo—. De momento descansaremos. Ibolh estará ahora seguro de nuestra fidelidad. Debemos dejarle que se confíe un poco más. Mañana mismo comenzaremos a actuar. Debemos permitir a Zenuet que se acerque todo lo que pueda.

—Son unos impostores.

Ibolh enarcó una ceja ante la sentencia emitida por Xunto.

—¿A qué viene esto ahora? —estalló el Supremo—. ¿Estás resentido porque el Jerarca ha dispuesto que
Narga-Ad
sea el jefe de la flota?

—Confieso que no me ha gustado eso; pero es cierto que mienten. No sé quiénes puedan ser, pero estoy seguro que nunca han sido piratas. La nave es la auténtica *Rapiña*, pero bien pudieron haberla capturado.

—¿En qué te fundas?

—Nunca quisieron darme informes de Tlaf y Emerich, viejos conocidos míos.

—La bitácora sufrió averías hace años y sólo registra hechos recientes. Yo mismo me aseguré de que era cierto.

—¿No es extraño que ningún tripulante recordase a mis amigos?

—Yo no lo veo así. Tengo entendido que las tripulaciones piratas suelen renovarse muy a menudo.

—Sí, pero hay más.

—¿Qué más? —preguntó Ibolh armándose de paciencia.

—Esa mujer, cuando me amenazó durante el ataque de los nativos, dijo que me iba a enviar al infierno, en donde mis amigos me iban a recibir con los brazos abiertos.

—No veo nada de extraño en esa amenaza. Además concuerdo con ella. Tenían motivos para estar molestos. Te estimaban culpable de haber originado una situación peligrosa.

—Me refiero a que dijo que «iban a abrazarme». ¡Ellos conocieron a Tlaf y Emerich! Sabían que estaban muertos.

—No entiendo…

—Es sencillo. Tlaf y Emerich no eran humanos, carecían de brazos. ¡Tenían tentáculos en lugar de brazos porque procedían de un mundo lejano! No podían usar sus brazos, ¿no?

—No existen esos seres en esta zona espacial…

—Exacto. Ellos llegaron hace años en una nave a la deriva. Eran de una raza parecida a los pulpos, aunque muy inteligentes y magníficos navegadores. Se enrolaron en la *Rapiña* y en ella estuvieron mucho tiempo. Eran como una institución. Es imposible que se olvidaran de ellos. Incluso si ningún tripulante navegó con ellos, debieron oír a sus anteriores compañeros hablar de ambos. No existen seres que no sean humanos en estos planetas.

Ibolh se rascó la barbilla pensativo.

—De todas formas sus sospechas no dejan de ser conjeturas. No sabemos cuándo murieron o dejaron de pertenecer a la *Rapiña*. Tal vez es cierto que ninguno oyó hablar de Tlaf y Emerich.

—Es imposible…

—Pero no es una prueba determinante. Lo siento, Xunto, pero no puedo hacer nada. Me sería imposible presentarme ante el Jerarca y decirle que no puede confiar en
Narga-Ad
. Pensaría que tus acusaciones se deben sólo al despecho.

Xunto se envaró y dijo:

—Entonces solicitaré ver al Jerarca y se lo diré yo mismo.

—Te lo prohíbo terminantemente —dijo Ibolh recordando que

poco antes Yimiet ofrecía tan mal aspecto que todos se sintieron alarmados—. Tiene mucho trabajo.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Cruzarnos de brazos?

—No exactamente. Seguiremos vigilando a Narga-Ad y sus hombres, aunque evitando que ellos se den cuenta.

—Todo esto no me gusta nada —barbotó Xunto antes de marcharse.

Ibolh lo vio alejarse, pensando que no estaría de más que él hiciese algunas averiguaciones por su cuenta. Recordó que la *Rapiña* aún permanecía en el astropuerto espacial y una revisión a fondo de la averiada bitácora podía ser productiva. Tal vez encontrase indicios reveladores de que los registros habían sido borrados de forma no fortuita. Pero aquélla era una tarea que podía dejar para el día siguiente. Ahora tenía que ir a la torre de control y ordenar desde allí la operación contra los nativos.

Hacía ya veinticuatro horas que las naves habían partido del astropuerto espacial y el grupo de hombres del Orden Estelar aguardaba pacientemente la llegada de la noche. Durante las horas anteriores, Adán ultimó con sus hombres los detalles del plan a seguir. Aunque habían salido muchas fuerzas de la ciudadela, aún quedaban en ella suficientes guardias armados para impedirles confiarse.

Había estado utilizando el tiempo para reponer fuerzas y estudiar la situación. La ciudadela se extendía por la ladera y se interrumpía a unos doscientos metros de la morada del Jerarca, la cual estaba perfectamente custodiada. Cerca de ella comenzaban la serie de construcciones que habían llamado la atención de los terrestres, en particular a Adán y Alice, cuando fueron conducidos por Ibolh a la ciudadela.

Suponían que en los llamados reductos estaban recluidas las tropas compuestas de nativos ya acondicionados, en animación suspendida y aguardando el momento de ponerse bajo las órdenes de su nuevo amo. También presumía Adán que a ellos podía accederse a través de la morada del Jerarca por medio de algún camino subterráneo, según dedujo después de una corta pero productiva conversación que sostuvo con uno de los Supremos. Además, Xunto también se había referido a ello cuando estuvo bajo el efecto de las drogas. Intentar llegar a los reductos a través de la

carretera que unía la ciudadela con el astropuerto espacial era una temeridad, porque disponía el recinto de suficientes sistemas de alarma como para despertar a toda la guarnición.

Todos estaban reunidos en la planta baja, excepto Koritz y cuatro hombres que momentos antes habían salido con una misión específica.

Adán miraba de vez en cuando su reloj. Faltaban dos horas para la medianoche. A su lado, Alice revisaba una pistola.

Escucharon ruidos al otro lado de la puerta. Koritz entró seguido por dos hombres que arrastraban a una pareja de guardias inconscientes. El teniente replicó:

—Estaban al otro lado de la calle. Creo que nos vigilaban.

Adán arrugó el ceño. ¿Así que aún no confiaban en ellos o se trataba simplemente de una broma? Se lo preguntó a Koritz y éste negó con la cabeza.

—Me temo que vigilaban la casa.

—Ha tenido que ser una medida tomada recientemente —dijo Adán—. En el primer apartamento en que nos alojaron a la comandante y a mí lo tenían todo dispuesto para observarnos. Nos dieron ésta apresuradamente, por lo que no tuvieron tiempo de disponer micrófonos y objetivos visores. Así, montaron una guardia en el exterior. Me pregunto por qué.

—Xunto ha debido convencer al Jerarca —apuntó Alice.

—No. Por lo que sé, el Jerarca confía en mí ahora. Ibolh ha debido ordenar esta vigilancia a instancias de Xunto, quien al fin ha debido encontrar alguna evidencia contra nosotros. Tal vez averiguó que nada sabemos de sus amigos, de esos llamados Emerich y Tlaf, los subhumanos que estaban en la *Rapiña* cuando los patrulleros dehtenianos lo apresaron.

—¿Qué hacemos entonces?

—No podemos volvernos atrás. Hagamos lo acordado —dijo Adán.

Se dividieron en tres grupos. Koritz marchó con sus hombres en busca de unos vehículos con los cuales poderse trasladar al astropuerto espacial y recuperar la *Rapiña* además de apoderarse de la torre de control y demás centros de mando.

—Tú, Alice, vendrás conmigo. Cuando lleguemos a la morada del Jerarca te encargarás de desconectar la defensa energética.

Sabemos que el mando está en la planta baja, apenas vigilada. Yo intentaré llegar hasta donde está Yimiet. Con él como rehén podremos pensar en dominar la situación.

—¿Crees que podremos resistir mucho tiempo? —preguntó Alice—. La *Silente* tardará en llegar hasta aquí cuando detecte que la defensa ha sido desconectada. Sólo podemos confiar en las fuerzas de Zenuet. Y ya sabes el peligro que corremos.

Adán asintió.

—Sí. Tenemos que evitar que el Jerarca emplee sus hazañas importantes.

Todos pensaron en los miles de guerreros nativos acondicionados que el Jerarca disponía en los reductos. Ignoraban de cuánto tiempo precisaba éste para ponerlos en pie de guerra. Por lo tanto, tenían que impedir que Yimiet pudiese actuar, porque entonces estarían perdidos. Ni Zenuet con sus guerreros y los de las demás tribus, aunque llegasen a tiempo, podrían garantizar la victoria. Para aquellos hombres rudimentarios tenía que ser muy duro tener que enfrentarse a sus amigos y conciudadanos bajo el total dominio de Zenuet.

Los dos grupos se dispersaron bajo la oscuridad de la noche. Mientras el de Koritz se dirigía hacia la salida de la ciudadela, Alice y Adán se pusieron al frente del grueso de los hombres, cruzando las calles y ascendiendo por la ladera hasta la morada del Jerarca.

Pocos minutos después se detuvieron ante el muro que rodeaba el palacio de torres puntiagudas de Yimiet. Buscaron la entrada y se asombraron al encontrarla vacía, sin puertas y ni un solo guardia.

Uno de los hombres pronto localizó un sencillo sistema de alarma fotoeléctrica que desconectó sin dificultad.

—Es lógico —sentenció Adán—. El Jerarca nunca pudo suponer que sus enemigos en este planeta conocieran este rudimentario sistema de alerta. Vamos adentro.

Un amplio terreno ajardinado circundaba el palacio. El gran pórtico de recargada decoración estaba fuertemente alumbrado. Junto a las puertas de bronce patrullaban cansinamente unos soldados uniformados de rojo y armados de rifles que, cuando se percataron de la presencia de los terrestres, ya los tenían encima.

Convenía no hacer el menor ruido y algunos miembros del Orden Estelar hicieron centellear sus cuchillos para poner fuera de

combate a los centinelas.

Las pesadas puertas de bronce se abrieron simplemente con un empujón gracias a su preciso balance. Adán indicó a Alice la dirección que conducía al ala del palacio donde estaba el control de la defensa energética. La muchacha hizo una indicación a su sección y avanzaron silenciosamente por el corredor de mármol.

Adán miró las grandes escalinatas que tenía delante unos segundos. Las estancias privadas del Jerarca estaban en los pisos superiores. Esperó que seis de los hombres de su grupo regresaran después de haber eliminado al retén de guardia que dormía en una habitación contigua a la entrada.

—No hemos visto más soldados, señor —dijo el sargento.

El comandante asintió e indicó la escalera. Ascendieron por ellas evitando que sus botas resonaran en los pétreos peldaños. Cuando hubieron alcanzado el primer piso casi fueron sorprendidos por la aparición de un destacamento de hombres uniformados de rojo. Pero la sorpresa fue mayor en los hombres de Yimiet y los del Orden tuvieron tiempo de hacer funcionar sus armas.

Los doce fogonazos azules proyectados por los rifles arrojaron a los sicarios del Jerarca contra la pared opuesta convertidos en una masa achicharrada. Adán arrugó el ceño. No le gustaba aquel tipo de armas tan aparatosas como eficaces, pero eran silenciosas y tenía que retrasar cuanto pudiera la alarma general.

De vez en cuando, mientras recorrían pasillos e inspeccionaban habitaciones, se encontraban con Supremos al servicio especial del Jerarca, a los cuales fueron eliminando paulatinamente. Sólo en una ocasión hallaron un grupo de nativos con las mentes acondicionadas. Estaban en lo que parecía ser una estancia de servicio. Se limitaron a mirar a los terrestres y siguieron con sus quehaceres. Adán movió la cabeza e indicó a su tropa que los ignorasen… Al menos, por el momento, no eran peligrosos.

Al llegar al último piso encontraron una fuerte defensa. Un Supremo les descubrió y tuvo tiempo de alertar a un grupo de soldados. Adán gritó a sus hombres unas órdenes y todos atacaron al mismo tiempo. La lucha fue corta pero feroz. Pudieron matar a todos los soldados, pero Adán tuvo las primeras bajas: tres de los suyos quedaron tendidos con sendas manchas negras en el pecho, mientras ellos pudieron alcanzar al fin la puerta que conducía a la

antesala de las estancias privadas del Jerarca.

Entonces escucharon potentes detonaciones en el exterior. Se detuvieron indecisos. Adán calculó que el grupo de Alice estaba siendo atacado desde fuera de la morada.

Uno de los hombres asignados a la comandante llegó corriendo para comunicarle que la defensa energética había sido desconectada, pero que al parecer aquello implicó que sonase una alarma en alguna dependencia cercana al palacio. Más de un centenar de soldados del Jerarca habían cercado el edificio.

—Las puertas de bronce no pueden cerrarse desde el interior —dijo el mensajero—. La comandante ha establecido una defensa de emergencia. Dice que prosiga usted, que ella podrá contenerlos.

Adán se mordió los labios. Ordenó a los demás hombres que bajasen hasta la planta inferior y ayudasen a la defensa. Él se reservó al sargento y dos soldados para penetrar donde suponía que iba a encontrar al Jerarca. Presumía que allí ya no había más soldados vestidos de rojo que defendiesen al amo de Butdar.

La puerta que tenía enfrente estaba cerrada y tuvieron que disparar contra ella hasta derretir el metal. Aún estaba caliente el boquete practicado cuando saltaron sobre los charcos al rojo blanco y se encontraron al otro lado. Estaban en una gran sala. Al fondo había una mesa y detrás de ella, cubriendo toda la pared, una enorme cortina caía desde el techo hasta el suelo.

Anduvieron lentamente, con gran precaución, porque Adán les indicó con un gesto que abriesen los ojos. Temía que aquel lugar estuviese plagado de trampas. También pensaba que, después de tanto esfuerzo, no iban a encontrar al Jerarca. Tal vez estuviese en otro lugar, dirigiendo en aquellos momentos la lucha. Incluso podía haber ordenado a las naves que regresasen, interrumpiendo el proceso de gasear la zona habitada por los nativos.

Con los cañones de los rifles apartaron las cortinas. Al otro lado había una habitación que contrastaba por su sencillez y mobiliario con el esplendor que reinaba en el resto del palacio.

Adán miró receloso todo aquello. No comprendía cómo era tan sencillo el acceso a la habitación privada del todopoderoso Jerarca. Entonces se percató que los dinteles de la entrada, que carecía de puertas, estaban llenos de distribuidores de energía, así como las paredes. Toda aquella estancia estaba protegida con una defensa

similar a la que hasta entonces había rodeado al planeta. ¿Acaso se suministraba por la misma fuente energética que Alice acababa de interrumpir? Ésa tenía que ser la explicación.

Avanzaron con cuidado hacia el centro de la habitación. Estaba llena de extraños aparatos. En un rincón vieron una sobria cama, una mesa y un par de sillas. Sobre la mesa aún quedaban restos de alimentos, verduras y leche. Lo que más llamó la atención de los terrestres fue un gran cilindro reluciente, del largo de un hombre, colocado sobre una mesa. Docenas de cables y tubos estaban conectados a él en su parte inferior. La pared frontal estaba totalmente cubierta por una gran estantería repleta de viejos manuscritos y cientos de botellas de diferentes formas y coloreados contenidos. Delante, una larga mesa llena de alambiques, probetas y viejos hornillos de gas, que daba la apariencia del lugar de trabajo de un alquimista.

Pero Adán se sentía atraído por el cilindro. Avanzó hacia él y miró a través del cristal que existía sobre la parte superior de uno de sus extremos.

Dentro había un hombre, un hombre muy viejo. No le conocía, pero supo con seguridad que era el Jerarca. Parecía dormir el profundo sueño de la muerte. Así lo hubiera creído de no haber captado un leve movimiento de su pecho al respirar.

Sintió a su lado al sargento, preguntando en silencio quién era aquel tipo.

—Es el Jerarca —respondió escuetamente.

El sargento alzó su arma dirigiéndola hacia el centro del cilindro.

Adán le contuvo inquiriéndole qué se proponía hacer.

—Es una magnífica ocasión para librarnos de él.

Aún sin analizar a fondo los motivos que le impulsaban a ello, el terrestre negó con la cabeza.

—No podemos hacer tal cosa. Está indefenso. Nada tenemos que temer de él.

Pero mientras salían de la estancia, después de ordenarlo, Adán se preguntaba si su inquietud por dejar las cosas tal como las había encontrado no iría en aumento a medida que pasase el tiempo, hasta llegar el instante de arrepentirse por no haber dejado al sargento que obrase según su repentino instinto.

Sin embargo, ahora sólo pensaba en Alice. Y también en los hombres que estaban defendiendo la entrada del palacio. Aquel lugar no era bueno para la defensa. Ignoraba si existían entradas secretas que podían utilizar sus enemigos.

Encontró a Alice y su grupo parapetados detrás de la baranda del primer piso. Desde allí se dominaba la entrada. Ella explicó:

—Desde aquí podremos defendernos mejor. Ni un solo sicario del Jerarca podrá entrar sin nuestro permiso.

—Efectivamente —asintió Adán. Y explicó con pocas palabras lo que había hecho.

Alice tenía razón. Cerca de la entrada se veían algunos cuerpos vestidos de rojo. Los soldados debieron de intentar un asalto a la desesperada que les costó caro. Ahora no disparaban desde el exterior como habían estado haciendo hasta poco antes, según contó Alice.

—Este silencio me gusta aún menos —dijo ella malhumorada.

—No podemos quedarnos aquí -dijo Adán. —Ya no tenemos que preocuparnos por el ejército de nativos acondicionados del Jerarca. Yimiet está en suspensión animada y él es el único que puede ponerlos en pie.

—Sí, eso afirmó Xunto, pero yo no estoy muy segura. Cuidado, alguien está intentando entrar.

Miraron hacia la puerta. Una mano asomó por ella al tiempo que una voz gritaba:

—¡No disparéis! Estoy solo. Soy Xunto y no voy armado.

Alice y Adán se miraron sorprendidos. Aquello no lo esperaban. Creían que Xunto debía de estar en el astropuerto espacial junto con Ibolh.

—De acuerdo, Xunto. Puedes entrar. No te dispararemos.

El pirata avanzó cauteloso. Vio que los terrestres estaban en el primer piso y comenzó a subir las escaleras. Cuando estuvo a mitad del camino Adán le gritó que se detuviera y le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Quiero hacer un pacto con vosotros —el rostro de Xunto estaba demacrado y aún jadeaba.

—Habla; pero te advierto que seas sincero.

Xunto subió unos escalones más y llegó a la altura de Adán.

—El astropuerto espacial se ha convertido en un infierno.

Apenas tuve tiempo de escapar hasta aquí. Primero llegaron tus hombres y se apoderaron de la torre de control. Luego surgieron las hordas de guerreros nativos destrozándolo todo y matando a cuantos encontraban. Creo que Koritz pudo localizar a Zenuet y empezaron a llenar camiones con guerreros que han traído hasta la ciudadela, mientras miles de ellos vienen hacia aquí a pie y a caballo. Yo apenas tuve tiempo de tomarles la delantera, pero mientras subía hasta el palacio he visto que han comenzado el asalto casa por casa.

Adán se permitió una leve sonrisa. Koritz había actuado mejor de lo que esperaba. Y también Zenuet. Había irrumpido en los dominios de los Supremos por el astro-puerto espacial en lugar de hacerlo por la ciudadela como habían convenido, pero era igual. Gracias a los hombres de Koritz habían llegado oportunamente.

—Gracias por los informes. ¿Qué pides a cambio? —preguntó Adán.

Xunto resopló.

—Un indulto.

—Picas alto, ¿no te parece? No estás en condiciones de exigir tanto.

—Claro que sí. ¿Olvidas que aún quedan las naves? No tardarán en volver. Sé que has interrumpido la defensa energética, pero las fuerzas del Orden Estelar y la armada de Dehte aún necesitarán tiempo para llegar hasta aquí, bastante más del que precisan las naves enviadas por el Jerarca a las tierras nativas en regresar. Y no tenéis ningún tipo de defensa para contener un ataque desde el aire.

Adán sintió que Alice le tocaba con el codo en el hombro. La dejó hablar y la muchacha dijo a Xunto:

—¿Quieres decir que tú puedes impedir que seamos atacados desde el aire?

—Sí. Sólo tengo que coger un transmisor y decirles a mis compañeros lo que está pasando. Ellos me creerán.

—¿Por qué iban a creerte?

—Desde que llegamos he estado deambulando por las dependencias privadas de los ejecutivos Supremos. He visto documentos que me han erizado los cabellos. El Jerarca contaba con nosotros para reconquistar los planetas del sector Dehte; pero eso sólo iba a ser el principio. Luego, cuando estuviera aposentado

en el poder, tenía previsto no sólo acondicionar bajo su mandato a toda la población de los planetas que conquistase sino a nosotros también. Así se aseguraría la fidelidad de la flota y no tendría que recompensarnos por nuestra fidelidad. Cuando mis compañeros lo sepan matarán a los Supremos que viajan con ellos y se sentirán felices si pueden escapar de Butdar antes que lleguen las fuerzas de Dehte.

—¿Quién nos asegura que dices la verdad? ¿Puedes demostrarlo?

Xunto sacó un montón de papeles y los entregó a Adán, quien empezó a leerlos rápidamente. Miró a Alice y asintió:

—Es cierto. Aquí está todo detallado. Son órdenes del Jerarca para ejecutar tan pronto se hubiera producido la victoria y él fuese dueño de Dehte. No hay duda. Es imposible que sean falsificados. Además, no han tenido tiempo de prepararlo para engañarnos.

—¿Qué pasa con mi salvoconducto? —preguntó ansiosamente Xunto.

Adán dudó unos instantes, pero dijo al cabo:

—De acuerdo. Te dejaré tomar una nave y alejarte de Butdar. ¿Cómo puedes comunicarte con las naves?

Xunto miró a un lado y otro.

—Creo que arriba hay un centro transmisor.

—Que un soldado le acompañe —dijo Alice con el ceño arrugado.

Cuando Xunto se alejó, seguido del soldado, Adán confesó:

—Yo tampoco confío plenamente. Pero no podemos perder más tiempo. Si los nativos están entrando en la ciudadela debemos localizar cuanto antes a Zenuet y darle instrucciones. No podemos permitir que sigan matando como hasta ahora. Sólo me preocupaba la flota pirata. Esperemos que no existan motivos ya para pensar en ella.

Antes de salir enviaron un observador que regresó anunciando que no había ningún enemigo en el exterior. Dejaron en el palacio a los dos heridos al cuidado de otro hombre y los demás empezaron a cruzar el jardín dirigiéndose a la salida.

7

Mientras corrían hacia la salida, Alice agarró a Adán de un brazo e hizo que se detuviera.

—Después de inutilizar el emisor de energía descubrí algo horrible.

Adán arrugó el ceño interrogadoramente.

—No te puedes imaginar de dónde obtenía el Jerarca la energía para la defensa.

—Si no te explicas…

—Hay una habitación junto a los mandos. Estaba cerrada y tuve que volar parte de la puerta de acero porque me sentí intrigada. Entré sola y vi allí… —se detuvo para tomar aliento—. Estaba llena de anaqueles con cientos de recipientes de cristal, y dentro de ellos vi cerebros.

—¿Cerebros?

—Así es. Cerebros mantenidos vivos mediante un líquido nutritivo. Unos conductos los unían a un transformador enorme. De allí salía la energía. Una energía pura capaz de mantener constantemente una coraza mortal alrededor del planeta.

—¿Quiénes han podido ser esos desdichados? Desde luego no puede tratarse de cerebros de nativos capturados.

—Aún queda más. Esos cerebros también son utilizados para obtener de ellos informes. Un computador debe de transformar en ideas concretas sus pensamientos. Así, son aprovechados para dos cometidos. ¿No adivinas quiénes han sido sus dueños, Adán?

Adán asintió.

—Sí. Debe de ser aquel grupo de sabios que trabajaban para los Supremos y que se trajo cuando huyeron de Dehte. Debieron de quitarles el cerebro cuando comprendieron que iban a morir de puro viejos. Así tendrían siempre a su disposición toda su sabiduría. Me pregunto cómo ha conseguido sobrevivir durante todo este

tiempo el Jerarca. Debe de haber sido, sin duda, gracias a esa cápsula en la que le encontré. Permanecerá en ella muchas horas al día para regenerar sus células, saliendo el tiempo suficiente para impartir órdenes. Estoy seguro que ni sus más fieles seguidores conocen el secreto.

—Adán.

—¿Qué temor pasa ahora por esa cabecita?

—No sabemos si el Jerarca puede salir de la cápsula a voluntad ni cuántas horas precisa permanecer en ella.

Una sombra de inquietud cruzó el rostro de Adán. Vio que sus hombres habían alcanzado la salida del jardín y estaban allí aguardándolos.

—Vamos. No podemos atender todas las cosas. Tenemos que encontrar a Zenuet o a Koritz. —No quiso decirle que había impedido al sargento disparar contra el cilindro donde yacía el Jerarca. ¿Acaso iba a tener que arrepentirse de su gesto humanitario?

Al llegar al otro lado de la empalizada, miraron el panorama que les ofrecía la ciudadela. Muchas de las casas ardían y cientos de sombras corrían por las calles. Una locura total dominaba las hordas de nativos. Algunos grupos de acólitos del Jerarca intentaban ganar el montículo del palacio, pero eran alcanzados por los guerreros y despedazados. Los más afortunados de los Supremos se refugiaban en las viviendas y desde ellas intentaban defender sus vidas secundados por los ya poco numerosos soldados uniformados de rojo.

Adán había insistido a Zenuet que dijese a sus guerreros y a los de las demás tribus que en ningún caso debían disparar contra aquellos que vistiesen ropas negras y llevasen al cuello un pañuelo blanco. Hasta el momento aquel dato había dado buen resultado, si tenía que creer en las palabras de Xunto cuando le informó que Koritz no había encontrado dificultad alguna en demostrar a los nativos que él y sus hombres eran sus aliados.

Pero el ardor de la batalla, unido al saqueo, podía enturbiar el rudo entendimiento de aquellos seres primitivos haciéndoles olvidar las instrucciones recibidas.

En parte era comprensible lo que estaba sucediendo. Eran muchos los años que los nativos sufrían el despótico poder de los

Supremos.

Durante tres generaciones habían vivido con la constante amenaza de las naves piratas y sus tripulaciones que acudían a sus tierras para coger prisioneros a los mejores hombres y más bellas mujeres. Todos ellos habían crecido con el odio mezclado de temor hacia los hombres de las estrellas, a su poder sobrenatural y a sus armas, a las que no podían oponer sino sus flechas y espadas, que al final terminaban irremediablemente siendo derrotadas.

Adan no podía contener aquélla orgía de muerte y destrucción que se extendía por la ciudadela. Desde aquel lugar podía distinguir la carretera que desembocaba a ella y por la cual continuaban llegando nuevos grupos de soldados nativos a caballo. Detrás de los jinetes debían correr los guerreros a pie. Eran miles y la escasa resistencia de los Supremos y demás servidores del Jerarca estaba condenada al fracaso.

Hizo una indicación para que la marcha prosiguiese. Alcanzaron las primeras casas y avanzaron con cuidado. Los guerreros nativos empezaban a verse y algún exaltado podía tomarlos por enemigos. Pero las luces de las calles, que seguían funcionando, y el resplandor del fuego iluminaba la escena y los primeros grupos de aborígenes que los descubrieron, pese a su ceguera de sangre, comprendieron que eran amigos. Algunos alzaron sus lanzas ensangrentadas y gritaron alegres, rodeándoles y mostrando los trofeos conquistados.

Cada guerrero llevaba algo en una mano mientras en la otra empuñaba una hacha, un espada o lanza. Algunos portaban objetos de escaso valor o inverosímiles, pero otros asían por los cabellos las cabezas decapitadas de los enemigos que habían tenido la desdicha de ponerse delante de sus armas blancas.

Mientras recorrían las calles convertidas por las llamas y la sangre en un infierno, Adan masculló:

—¡No existe fuerza humana capaz de contenerlos! Seguirán así hasta que el cansancio, cuando amanezca, los fuerce a tenderse a dormir al lado de sus víctimas.

Descubrieron al fin a algunos de sus compañeros que, al verlos, corrieron hacia ellos. Informaron a Adan y confirmaron que, efectivamente, en la torre de control del campo habían quedado dos hombres después de conquistarla por sorpresa.

—Al parecer Xunto no mintió —dijo Alice—. Debe apreciar mucho su vida y no debe ser tonto para comprender que ganará más poniéndose de nuestra parte.

Adan preguntó por Koritz y éste, como si hubiese oído pronunciar su nombre, llegó corriendo. Saludó a sus comandantes y sonrió satisfecho de haber cumplido con la misión encomendada.

—Logramos impedir que los nativos hicieran mayor destrozo del que, inevitablemente, han ocasionado, señor —explicó Koritz—. Al menos la *Rapiña* está a salvo. He dejado a los hombres con la orden de establecer contacto con la *Silente* y los patrulleros dehtenianos tan pronto supiéramos que la defensa energética está anulada.

—Pues ya puede decirles que el campo está libre —dijo Alice—. ¿Está en condiciones el astropuerto espacial para que aterricen?

Koritz asintió mientras sacaba un transmisor portátil y emitía a la torre de control las instrucciones. Cuando terminó, después de permanecer unos instantes escuchando, dijo con el entrecejo fruncido:

—Sucede algo raro. No lo entiendo.

—Explíquese.

—La lucha ya era prácticamente inexistente cuando salimos. Quedaban aún muchos nativos que todavía no habían emprendido la marcha hacia la ciudadela, pero la resistencia de los soldados del Supremo fue vencida. Sin embargo, parece que se vuelve a luchar en aquel lugar. Mis hombres me han dicho que por precaución han cerrado la torre, ya que los combates, a cada instante más intensos, provienen de la parte norte, cerca de donde comienzan aquellas edificaciones grises y sin ventanas.

—Los reductos —musitó Alice—. Se extienden desde la colina hasta cerca del astropuerto espacial.

—Llame otra vez y que le amplíen informes, teniente —dijo Adan.

—¿Qué pasa, comandante? Cada vez entiendo menos…

—Aquellas edificaciones son los reductos, donde el Jerarca encerraba en suspensión animada a los nativos que capturaba e iba acondicionando para convertirlos en fieles soldados suyos. Siempre hemos temido que pudiera ponerlos en pie de guerra si no le impedíamos actuar —dijo Alice.

—¿Temes que sean esos desdichados los que estén atacando el

astropuerto espacial? —preguntó Adan—. No es posible. Ya hemos visto que el Jerarca está incapacitado de actuar, y él es únicamente quien tiene el poder de poner en marcha tan diabólico ejército. Recuerda que Yimiet está encerrado en esa cápsula. Sin ayuda no puede salir de ella porque el palacio carece de energía para que él pueda hacerlo por sus propios medios.

Alice entornó los ojos pensativa. Mientras tanto, Koritz había hablado de nuevo con los hombres de la torre de control.

—Es cierto. Existe una gran confusión en el campo espacial —dijo sombrío—. Parece ser que miles de hombres intentan penetrar en él. Los guerreros de Zenuet comienzan a retroceder. Incluso algunos grupos huyen despavoridos, como si el mismo diablo les persiguiera.

Adan asintió. Lo comprendía todo.

—Alguien ha debido de ayudar a salir de la cápsula al Jerarca —dijo.

—Xunto —susurró Alice.

—No puede ser otro. Nos engañó como si fuéramos críos —masculló Adan—. No podemos perder tiempo. Xunto nunca ha conminado a los capitanes de los navíos piratas a huir. Por el contrario, me temo que en pocas horas estén aterrizando en el astropuerto espacial. Por eso han debido de dirigir hacia allí el primer ataque, para permitirles la llegada una vez que se hayan apoderado de las instalaciones.

Adan gritó que tenía que ver inmediatamente a Zenuet y a cuantos jefes de tribu pudiera. Se perdieron unos minutos preciosos en encontrarlos en medio de aquel caos.

Los jefes tribales acudieron riendo ante los terrestres con Zenuet al frente. Se sentían dichosos y llenos de orgullo ante lo que ellos ya consideraban una gran victoria sobre sus enemigos seculares.

—Lamento decepcionarles, amigos —dijo Adan hablando en la lengua nativa—. Aún no hemos vencido.

Y les explicó rápidamente lo que estaba sucediendo en el astropuerto espacial.

—De momento tenemos que defender la colina del palacio y la ciudadela —añadió—. Más tarde, pero lo antes posible, tenemos que reconquistar el astropuerto espacial. Me temo que las verdaderas dificultades comienzan ahora.

—Pero… No podemos matar a nuestros hermanos —protestó Zenuet. Y los demás jefes asintieron ruidosamente—. No seremos capaces de luchar contra ellos. No son culpables de lo que les pasa.

Adan había temido la llegada de aquel problema.

—Os comprendo, amigos. Pero vuestros desdichados hermanos no son dueños de sus actos. Ellos tienen destruido el cerebro y sólo obedecerán las órdenes que el Jerarca les imparta telepáticamente. Debéis comprender que, si ahora retrocedemos, más tarde o temprano vosotros mismos seréis convertidos en autómatas humanos. Debéis elegir ahora. Luego será tarde. Ellos o vuestras tribus.

El terrestre sabía que sus palabras eran duras y que los jefes podían reaccionar de forma inesperada a sus razonamientos. Sus mentes primitivas no podían aceptar la idea de matar a un amigo o hermano que desde hacía años habían considerado como muerto. ¿Cómo podían reaccionar al tenerlos frente a ellos?

Zenuet abatió la cabeza desalentado.

—Comprendemos la situación, terrestre. Nos hemos encontrado con muchos de nuestros hermanos convertidos en tristes figuras humanas, como si fueran peleles. Los hemos estado encerrando, a todo hombre y mujer, con la esperanza de que vuelvan a ser normales. ¿Crees que podrán algún día volver con sus familias, ser como antes?

Adan se mordió los labios. No estaba seguro, aunque también confiaba en que los científicos del Orden Estelar pudieran volver a la normalidad a aquellos desdichados nativos esclavizados. Pero si decía tal cosa a Zenuet y los jefes, temía que éstos y los guerreros no fuesen capaces de enfrentarse a la nueva amenaza, lo que significaría perder la guerra, ya no sólo aquella batalla. Y podía asegurar que antes de un año no quedaría en Butdar ni un solo nativo con raciocinio. Al menos, él no tenía otra forma de elegir.

—Ya no tienen solución, me temo. Pero antes debéis pensar en vosotros y las mujeres y niños que han tenido que huir de los poblados para librarse de caer en manos de los hombres de las estrellas. Aún tenéis tiempo de salvaros.

Un jefe gritó que el terrestre tenía razón. Confesó que un hijo suyo fue capturado hacía algunos años y que si defendía al Jerarca, aunque fuese contra su voluntad, significaba para él que este hijo ya

había muerto desde el día en que su mente fue acondicionada.

Los jefes comenzaron a agrupar a los guerreros después que Adan hubo dado sus instrucciones. Se tardó, lo que para los terrestres les parecieron siglos, en formar apretados grupos de guerreros, al mando de los cuales se pusieron sus respectivos cabecillas. A toda prisa se prepararon las defensas de la ciudadela. Cientos de edificios, los que aún no ardían, fueron ocupados por arqueros y hombres duchos en el arte de arrojar jabalinas. A su mando quedaron los más ardorosos jefes. Luego, más de la mitad de las fuerzas que lograron reunir, ya que cientos de guerreros seguían acudiendo por la carretera que conducía desde el astropuerto del espacio, formando una densa columna con los terrestres y Zenuet, al frente, comenzó a marchar hacia el palacio.

Cuando estuvieron a pocos metros del muro que rodeaba el palacio descubrieron las avanzadillas enemigas.

8

Adán pensó que aquélla era la situación más extraña y terrorífica de su vida. Nunca antes se había encontrado peor física y moralmente. Sintió náuseas al mismo tiempo que una viva irritación y odio contra aquel siniestro personaje llamado Jerarca.

Hacia ellos, procedente de la ladera, surgiendo de la oscuridad, avanzaba lenta, pero implacablemente una densa masa de seres silenciosos.

Los soldados autómatas de Yimiet vestían un uniforme rojo ajustado a sus cuerpos. Sobre sus cabezas, tapándoles los ojos, un casco de plástico azul sujeto con barboquejo metálico les infundía una presencia impersonal a unos rostros herméticos y pálidos. Estaban armados de forma extraña. Pocos de aquellos desdichados llevaban pistolas o rifles caloríficos, mientras que la mayoría blandían pesadas espadas en una mano y circulares escudos de acero en la otra. Adan pensó que el Jerarca no había tenido tiempo de armar adecuadamente a aquel ejército puesto en pie de guerra apresuradamente.

Estaban a unos cien metros de ellos y Adan comenzó a dar órdenes. Al principio lentamente, pero luego con más rapidez, los guerreros se desplegaron, transmitiéndose unos a otros la orden de usar sus arcos y lanzas arrojadizas contra aquellos hombres vestidos de rojo que portaban armas modernas.

Alice preparó su rifle. Estaba junto a Adan y dijo:

—Han sido condenadamente puntuales para impedirnos llegar hasta el palacio.

—Olvídate por el momento del Jerarca —silabeó Adan. —Ahora tenemos que contenerlos. ¡Fuego!

Adan disparó a toda potencia su pistola. Sus hombres hicieron lo mismo y, a continuación, cientos de flechas y lanzas surcaron el aire en agudo silbido prolongado.

Las primeras filas de enemigos empezaron a caer achicharrados bajo el fuego de las armas terrestres. Luego, la lluvia de lanzas y largas flechas arrasaron las siguientes.

Era dantesco el espectáculo. Los desdichados soldados del Jerarca morían o eran heridos sin que soltaran un grito de dolor. Muchos hombres seguían avanzando con flechas clavadas en piernas, brazos o pecho, hasta que eran nuevamente alcanzados y la fortaleza física fallaba.

Como si hubieran recibido unas silenciosas órdenes, la masa de seres sin mente apretó el paso, saltó por encima de los cadáveres y cuerpos heridos de sus compañeros, y aquellos que estaban en posesión de armas de fuego comenzaron a utilizarlas.

Por fortuna eran escasas y la mortandad producida a los poseedores durante el comienzo del ataque había menguado aún más su número. Sin embargo, entre las filas de guerreros empezaron a producirse las primeras bajas.

Desde la ciudadela seguían ascendiendo guerreros que se sumaban a la muralla defensiva, la cual se extendía desde las cercanías del palacio por la ladera, alargándose a cada instante. También el frente atacante de soldados del Jerarca iba incrementándose en número. En algunos puntos el avance se hizo furibundo y se llegó al cuerpo a cuerpo. Las espadas se encontraron y los escudos de acero y bronce chocaron ruidosamente.

Los involuntarios sicarios del Jerarca luchaban de forma suicida; pero su subconsciente utilizaba el arte de la guerra rudimentaria, que unido a la pasión fanática que les embargaba los convertía en una hueste peligrosa.

Los guerreros de Zenuet ponían todo su ardor y astucia en el combate. Gracias a su lucidez y habilidad, contrarrestaban con cierta ventaja el ciego ardor de sus contrincantes. Por suerte para los primeros, no podían ver los rostros ocultos por los cascos plastificados. Si alguno cruzaba su espada con un hermano o amigo lo ignoraba.

El núcleo defensivo donde estaban los terrestres, gracias a las armas de fuego de éstos, se sostenía en una buena posición, manteniendo alejados a los atacantes, pero Adan comprendió que pronto iban a quedar cercados si las alas seguían retrocediendo ante el empuje a que estaban sometidas. Ya era imposible utilizar los

arcos y los lanceros apenas podían impedir la aproximación del enemigo.

Adan ordenó un repliegue, teniendo sus hombres que contener a los guerreros que luchaban codo a codo con ellos para que no se produjera la desbandada. Zenuet se movía de un lado para otro impartiendo órdenes y chillando hasta enronquecer, azuzando a los arqueros para que ayudasen a las alas, zonas que se encontraban en dificultades.

—Tenemos que pensar algo —jadeó Adan—. Esos diablos pueden combatir hasta la extenuación, mientras que nosotros ya empezamos a notar el agotamiento.

—Y a cada instante nos alejamos más del palacio —dijo Alice mientras recargaba su arma.

Zenuet pasó junto a Adan y le dijo que deberían retroceder hasta la ciudadela, en donde podrían defenderse mejor. Los arqueros estaban agotando sus flechas y era pesimista ante una prolongada lucha cuerpo a cuerpo.

Adan le pidió que se mantuviesen al menos durante cinco minutos.

—Luego puedes ordenar la retirada —añadió—. Pero recuerda que si perdemos la ciudadela esto será un desastre para nosotros.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Zenuet secándose el sudor de su cara mezclado con sangre. Tenía algunas heridas leves en los brazos y la frente.

—Ir allí —respondió señalando el palacio—. Aún podemos alcanzarlo. Te dejaré algunos hombres y yo iré con el resto.

Zenuet le apretó el brazo y deseó:

—Suerte. Aguantaremos de firme.

Adan miró desalentado a sus hombres. Apenas quedaban quince aparte de Koritz, a quien pidió que se quedase con los nativos. Luego indicó a cuatro que le siguiesen. Alice se puso a su lado, queriendo decirle en silencio que en aquellos momentos difíciles no estaba dispuesta a dejarle.

El comandante, Alice y los cuatro soldados se deslizaron entre los guerreros y corrieron hacia el palacio. La puerta de acceso había quedado muy atrás y tuvieron que escalar el muro. Desde lo alto, Adan echo una última mirada al lugar de la lucha antes de saltar al jardín.

La marea de soldados del Jerarca seguía atacando, con más furia que nunca si aquello era posible y los guerreros y el puñado de terrestres seguían perdiendo terreno ladera abajo. La retirada era ya un hecho y minutos después se transformó en una auténtica huida hacia los edificios de la ciudadela, en donde afortunadamente la defensa estaba montada con cierta eficacia y la soldadesca en desbandada se acogió a ella.

Adan instó a sus hombres y a Alice a que corriesen cuanto pudieran. Sabía que los hombres de Yimiet podían recibir de un momento a otro la orden telepática de penetrar en los jardines del palacio si éste descubría su intento de aproximación al edificio.

Apenas habían llegado a la entrada del edificio cuando un soldado gritó avisando que las tropas de Yimiet acababan de penetrar en el jardín.

Adan maldijo entre dientes. Aquellas pesadas puertas de bronce carecían de cierre, pero una idea acudió a su mente y terminó por dar un empujón a Alice para que entrase en el vestíbulo. Entonces dijo a los cuatro hombres que le ayudasen a cerrar las puertas.

—Disparad contra ellas —dijo retrocediendo y apuntando su arma contra los cantos de las hojas.

Todos entendieron y empezaron a disparar. El calor de los disparos empezó a fundir el bronce. Las descargas iban dirigidas sobre la parte superior y una cortina de metal derretido caía incandescente, convirtiendo las dos puertas en una sola y enorme plancha al rojo vivo.

—Esto los mantendrá a raya por algún tiempo —jadeó Adan después de hacer una señal para que cesasen los disparos.

—Muy inteligente, comandante Narga-Ad —dijo una voz seca desde lo alto de la escalera—. ¿O debo llamarle por otro nombre?

Se volvieron y vieron sobre el último peldaño de la escalinata al Jerarca Yimiet. Su alta estatura y delgadez cubierta por la amplia túnica escarlata le convertía en un gigante al lado de Xunto, el cual estaba detrás de un pequeño cañón con el que apuntaba al grupo de terrestres.

—Suelten las armas —dijo Xunto haciendo un movimiento de abanico con la demoledora arma.

El Jerarca soltó una risita.

—No te preocupes, Xunto —dijo—. Saben que han perdido la

jugada, la batalla, la guerra… todo. Me han causado muchos problemas, pero todos éstos sólo habrán producido una demora en mis planes. Antes que las naves del Orden y de Dehte se acerquen lo suficiente, quedará restablecida la defensa energética. Y cuando el astropuerto del espacio esté bajo mi total control podrán aterrizar las naves que ya he ordenado regresar.

—Y todo gracias a Xunto, ¿no? —dijo Adan sin soltar su arma, pero manteniéndola baja, al igual que los demás.

—Efectivamente. Mi fiel Ibolh, antes de morir, dijo a Xunto que la única posibilidad de salvar nuestra organización era despertarme de mi sueño. Por suerte para mí, pudo engañarlos.

—¿Qué ha hecho con los heridos y los hombres que quedaron a su cuidado, Xunto? —preguntó Adan.

—Están detrás de mí, Narga-Ad —respondió Xunto riéndose—. Están bien… por ahora, hechos unos fardos, por supuesto, con las cuerdas que encontré.

—¿Qué piensa recibir del Jerarca, Xunto? ¿O cree que cuando todo vuelva a estar bajo su control se va a acordar de lo que ha hecho?

—¿Por qué no? —respondió el Jerarca—. He perdido a Ibolh y estoy seguro que Xunto me será un buen auxiliar.

—¿No va a premiarle convirtiéndolo en otro autómata sin mente?

—Su actitud es burda, Narga-Ad —sonrió él Jerarca—. Yo permitiré que él y todos los demás piratas saqueen a placer los mundos de Dehte. «Me parece que debo contarle algo antes de ordenar a Xunto que apriete el gatillo». Yo soy viejo, muy viejo. Conocí el esplendor de los Supremos cuando éramos los amos de Dehte después de la caída del Imperio. He visto morir a todos mis compañeros, uno a uno. Los primeros fueron destrozados por la plebe que nos derrocó y los últimos están siendo asesinados por las hordas de nativos. Pero aún quedo yo para culminar mi venganza. Para ver el final de todo esto he logrado vivir cientos de años, aunque de forma relativa. En realidad sólo vivía una o dos horas cada día. El resto lo pasaba dentro de esa cápsula para no envejecer, despertándome tan sólo para ordenar y recibir informes. Ustedes tuvieron la suerte de atacar en uno de mis largos períodos de descanso. Lo que no me explico es cómo no me destruyeron cuando

estaba inerme, en sus manos. —Mostró una mueca irónica y añadió —: ¿Acaso es cierta la leyenda que dice que los miembros del Orden Estelar son todos unos caballeros, incapaces de asesinar? Si es así no comprendo cómo están logrando reconstruir el viejo imperio terrestre dentro de una forma más evolucionada de gobierno. Estoy firmemente convencido que terminarán fracasando… o tendrán que regresar a los viejos sistemas para no ser despedazados por sus enemigos del universo.

—Hasta ahora siempre hemos logrado destruir a todas las alimañas que nos hemos ido encontrado —dijo Adan. Quería ganar tiempo, salir de aquella encerrona.

—La verdad es que siento tener que matarles a todos, sobre todo a usted,

Narga-Ad

. Ha sido valiente usurpando la personalidad de un verdadero pirata, pero su jugada era muy difícil. Comprenderá que debo odiarle por todos los destrozos que ha ocasionado, por la muerte de mis más fieles servidores.

Adan entornó los ojos. Aquel tipo no sentía la muerte de los Supremos y los daños materiales producidos, sino que sólo se lamentaba del retraso que estaban sufriendo sus planes de venganza.

Carecía de sentimiento alguno. Sus muchos años y el odio hacia los planetas Dente le había convertido en un ser tan insensible como aquellos desdichados que fue convirtiendo en fanáticos soldados.

—Lo siento. No puedo perder más tiempo —dijo Yimiet—. Tengo que terminar con ustedes enseguida. Antes que nada debo ordenar a mi equipo de sabios que restablezca la defensa energética.

Una luz cruzó la mente de Adan. Avanzó un paso y dijo:

—Ya vimos que en una habitación tiene almacenados los cerebros de los científicos que trajo consigo de Dehte. Ese espectáculo es una prueba palpable de su maldad, Jerarca. ¿Fue esperando que se murieran uno a uno de puro viejos o los mató a todos a la vez?

—¿Qué importa eso ahora? —inquirió el Jerarca frunciendo el ceño—. Ellos colaboraron cuando llegamos a este planeta, pero sólo en los primeros tiempos. Los muy idiotas no sospechaban mis planes. Cuando se enteraron, quisieron estorbarme y tuve que

extraerles el cerebro. Era lo único que necesitaba de ellos. Así fui su dueño absoluto. Me sirvieron mejor que nunca. Los castigaba disminuyendo el poder nutritivo del líquido donde están sumergidos. Eso les produce un dolor inmenso. Siempre me obedecen. Quise defender el planeta y ellos mismos, sumisos, se ofrecieron a proporcionarme su gran poder mental para transformarlo en la energía fabulosa que precisaba. Siempre los aborrecí porque era consciente que colaboraban de mala gana con nosotros, los Supremos. Incluso sospeché con fundamento que ellos ayudaron secretamente a los rebeldes. Cuando no los necesite estrellaré sus cerebros contra la pared. Se extinguirán de forma más dolorosa que si torturase sus cuerpos, convertidos en polvo hace ya muchos años.

El Jerarca soltó una larga risotada. A su lado, Xunto empezaba a ponerse nervioso esperando la orden para disparar contra el grupo de terrestres.

De súbito, el Jerarca sufrió en todo su cuerpo una contracción. La palidez de su rostro se incrementó y sus piernas se tambalearon. Xunto le miró asustado, volviendo la cabeza por unos segundos.

Adan levantó como un rayo su brazo armado y apretó el disparador de la pistola. El dardo de fuego chocó contra el pecho del pirata, que gritó de dolor al sentir el fuego en su carne primero y luego en los huesos, pero para entonces ya estaba muerto, cuando se golpeó contra la pared y cayó.

El Jerarca seguía girando sobre sí mismo. Comenzaba a aullar como si le estuvieran despedazando lentamente. Si había visto morir a Xunto, parecía estar demasiado absorto en su propio dolor.

—¡Dejadme en paz, malditos! —gritó Yimiet, soltando un espumarajo por la boca contraída—. Os castigaré si no me dejáis. Yo os aniquilaré… ¡Soy más fuerte que vosotros!

Adan sintió que Alice, sobrecogida, se abrazaba a él.

Los golpes que hasta entonces habían estado sonando en la puerta de bronce producidos por los ciegos soldados de Yimiet habían cesado de súbito. Adan comprendió que los cerebros prisioneros en las vasijas de los científicos estaban ganando la batalla mental contra el Jerarca.

Cuando comenzó a subir los escalones, el Jerarca se detuvo al borde del último y alzó los brazos. Tenía los ojos inyectados en

sangre y daba la impresión de querer gritar por su hinchada garganta toda la desesperación que le embargaba. Aquel viejo sentíase impotente, incapaz de luchar contra la demoledora fuerza mental que le estaba corroyendo el cerebro de forma inexorable.

Se agarró a la baranda de la escalera y dirigió su mortecina mirada hacia el fondo del vestíbulo, hacia el corredor que conducía a la habitación repleta de cerebros, que estaban consumiendo sus últimas energías en destruirle a distancia, algo en lo cual todos se habían unido al unísono para vengarse de aquel despiadado ser que los había tenido en terrorífico cautiverio durante muchos años.

Por último, Yimiet lanzó el más desgarrador grito que los terrestres nunca había oído y se desplomó. Su huesudo cuerpo rodó por las escaleras mientras su boca dejaba un reguero de ennegrecida sangre sobre los peldaños. Resonaron sus secos huesos sobre el mármol del piso y quedó quieto, hecho un grotesco montón de miembros y tela de la túnica escarlata, color sobre el cual destacaba un pestilente líquido oscuro.

Adan reaccionó e indicó a sus hombres que subiesen a liberar a los compañeros atados. Se acercó al cadáver del Jerarca y estuvo unos instantes observándolo. Luego hizo una señal a Alice para que le siguiera. Se dirigieron hasta la sala donde estaban los cerebros. Abrió la puerta y miró.

Los recipientes de cristal ya no contenían una masa gris suspendida ingrávida en el líquido nutritivo, sino unas diminutas bolas negras que se hundían pesadamente en el fondo.

—El esfuerzo realizado les ha aniquilado —dijo Alice apartando la mirada de los anaqueles.

Adan la sacó de allí y respondió:

—Sí, pero sirvió de algo el sacrificio. Cuando tú les liberaste de la obligación de mantener la defensa, pudieron pensar por sí mismos lo que no habían hecho desde hacía mucho tiempo. Llegaron a la conclusión que carecían de futuro y acordaron terminar de una vez. Al notar que Yimiet era de nuevo dueño de la situación y usaba parte de su gran poder mental en controlar telepáticamente su ejército de zombis, decidieron actuar.

—¿Cómo es que tantos cerebros tardaron tanto tiempo en acabar con uno solo y terminaron autodestruyéndose?

—Carecían de la maldad del Jerarca. Debieron de ser personas

honestas.

Habían regresado al vestíbulo. Ya estaban allí los hombres con los heridos y los dos prisioneros liberados. Uno de ellos volvía a usar su arma para terminar de derretir la puerta de bronce. Tuvieron que aguardar algún tiempo para poder cruzarla, hasta que el metal se enfriase un poco, pero consiguieron la ocasión de ver cómo al otro lado, sobre el jardín del palacio, cientos, quizá miles de soldados uniformados de rojo, iban cayendo agotados sobre el césped, con los ojos vidriosos y ajenos a cuanto sucedía a su alrededor. Al fondo, por la puerta del jardín, los guerreros de Zenuet regresaban con el teniente Koritz y los miembros del Orden supervivientes.

Epílogo

El astropuerto del espacio ofrecía una visión muy distinta a la que observara Adan Villagran cuando días antes había aterrizado personificando el papel de Narga-Ad, temible pirata recién llegado en demanda de hospitalidad.

Todo rastro de la cruenta batalla que allí se había desarrollado había desaparecido. Ahora estaban posadas docenas de naves patrulleras dehtenianas y, destacando entre ellas, la inmensa mole esférica de la unidad exploradora *Silente*.

El grupo de jefes tribales habían acudido a firmar los acuerdos de ayuda con el Sector Dehte. Por Butdar firmó Zenuet y el presidente Dainiet lo hizo en nombre de su Gobierno.

Después del acto protocolario se hallaban al pie de la torre de control para despedir a los comandantes Villagran y Cooper.

—Nunca pensé que todo iba a concluir tan rápido, comandante —comentó Dainiet.

Una sombra cruzó el rostro de Adan.

—Sí, fue rápido, pero sangriento. Murieron muchos inocentes.

—Cierto; pero confiamos en recuperar a todos esos desdichados que tuvieron la poca fortuna de caer bajo el poder del Jerarca. Quizás en unos meses comiencen a regresar a sus tribus los primeros contingentes. La droga que en ellos usó Yimiet está siendo analizada y tenemos fundadas esperanzas de encontrar un antídoto.

—Ojalá sea así. Ahora deberán trabajar duro para devolver a este planeta la paz que se merece después de tanto tiempo de terror.

—Téngalo por seguro —afirmó el presidente—. Aunque Butdar está en otro sistema planetario, lejos del Sector, no dudamos que con el beneplácito del Orden Estelar llegará a unirse a nuestra federación.

—Eso es algo que, en última instancia, tienen la palabra los jefes de tribu, una vez que elijan libremente a su representante.

Zenuet resopló.

—Eso ya está arreglado. Todos insisten en que sea yo. No me gusta mucho el cargo, pero… Esos brutos son capaces de matarme si me niego.

—Serás un buen líder, Zenuet. —Adan estrechó la mano del fornido jefe—. Espero tener la ocasión de visitaros algún día.

La pareja terrestre saludó emocionada y subió al vehículo que les aguardaba para conducirles hasta la nave. Al llegar a ella y antes de introducirse en el ascensor volvieron a agitar las manos.

La escotilla se cerró.

Instantes después la nave esférica se elevó en silencio proyectando una densa sombra sobre las personas que al pie de la torre aún permanecían siguiendo con atención su ascendente trayectoria.

Cuando hubo desaparecido en el azul del cielo, el presidente del sector Dehte se volvió a los nativos. Carraspeó para desembarazarse de la emoción que sentía y dijo:

—Señores, creo que no debemos defraudar al Orden Estelar y a esos amigos que acaban de marcharse. ¿Por qué no comenzamos a trabajar? Recuerden que aún existen algunas unidades piratas que lograron escapar a nuestros patrulleros. Tenemos que preparar las defensas y acordar los planes. —Movió la cabeza y sonrió—. Aunque dudo que sean algo más que una simple molestia. Después de lo sucedido, esos condenados no tendrán muchos deseos de volver por aquí. ¿No les parece?

Riendo, jefes, nativos y dirigentes de Dehte se encaminaron de nuevo a la torre de control.

FIN